RELATOS PENTAGONALES

SANTIAGO DE OSSORNO

RELATOS PENTAGONALES

OCURRIDOS O NO EN EL PARQUE DEL RETIRO

Madrid

© Santiago de Ossorno
http://ossorno.es/
Edición 21 de enero de 2023

Sin entrar a juzgar el ejercicio de su dilatado y, por momentos, despóticamente ilustrado reinado, al que accedió por auténtica chiripa al fallecer antes de lo previsto su primer hermanastro (Luis I, que reinó 8 meses) y morir sin descendencia el segundo (Fernando VI, 13 años de reinado) que lo precedían en el orden dinástico de la corona, dejando aparcado mi natural y reconocido desapego monárquico, rozando una verdadera y real antipatía, pero respetando la legalidad vigente y ciñéndome exclusivamente a su faceta municipal, tras ser considerado como el mejor alcalde de Madrid (lo siento, entre otros muchos alcaldes, por don Enrique Tierno Galván y su movida madrileña, Alberto Ruíz Gallardón y el soterramiento de la M-30, Ana Botella proclamando en mi Buenos Aires querido las bondades de tomarse «a relaxing cup of café con leche in the Plaza Mayor», doña Manuela Carmena con su polémico Madrid Central hecho a base de magdalenas y el nuevo y semidesconocido José Luis Martínez-Almeida, tiempo tendremos para saber por dónde, y por cuanto, nos sale), quisiera dedicar este libro de relatos a Su Católica Majestad el Rey Carlos III, también llamado «el Político» —a pesar de que acabó odiando y temiendo en partes iguales a esta ciudad, a la que cogió pánico escénico durante el motín de Esquilache que casi se lo lleva por delante, cuando pretendió imponer por la fuerza a los madrileños el uso de la capa corta y el sombrero de tres picos—, porque en el año del señor de 1767 autorizó el uso público del parque del Buen Retiro que, hasta entonces, era una exclusiva y elitista propiedad real de la

que tan solo podían disfrutar los miembros y allegados de su egregia familia y algunos cortesanos de total confianza, para uso exclusivo de su ocio particular y esparcimiento; a los que habría que añadir el numeroso personal a su servicio, dedicados a satisfacer sin límites todas sus necesidades y proteger la seguridad real.

Con sus 118 hectáreas de superficie, 18 puertas de acceso y 19.000 árboles (menos los muchos que recientemente hayan caído por efecto de las tormentas y de Filomena, por ahora la peor de todas, provocando la muerte de algunos desafortunados paseantes que en ese momento se encontraban bajo sus nada protectoras copas y ramas buscando protegerse de la lluvia, los vientos huracanados e incluso de la nieve) de 167 especies distintas, algunos de los cuales son considerados árboles singulares de la Comunidad de Madrid, como el ahuehuete —probablemente el más antiguo del recinto—, el arce plateado, el ciprés de los pantanos, el cedro del Perú, el del Líbano, los castaños de Indias, las acacias de tres espinas, el palmito gigante o el pino carrasco.

Afortunadamente nuestro parque, como Jardín Histórico que es, está protegido de la insaciable y capitalista fiebre constructora propia de estos tiempos por ser un Bien de Interés Cultural.

A veces hay que inyectarse
fantasía para no morir de realidad

RELATOS

PRÓLOGO 7
GAME OVER 15
EL ABUELO 23
LOS BESOS 29
MANIFIESTOS 33
UNIFORMES 37
COMO DOS GOTAS 41
ENCUENTROS 45
VULCANOLOGÍA 49
UN PASEO BOTÁNICO 53
LA VIAGRITA 63
FAMA 67
SI LAS PIEDRAS HABLASEN 73
SALTO DE ALTURA 81
LOS LADRONES 85
ILP 89
AESCULUS HIPPOCASTANUM 93
EL DESMAYO 97
DE FUENTE A FUENTE 101
LA FUENTE MISTERIOSA 105
AL RICO SOL 109
SULLY 113

LA MUJER DE LA CURVA 119
TRANSFORMER 123
CORONAVIRUS 131
FILOMENA 135
CASTAÑAZO 141
UN JARAMA ENCUBIERTO 145
AGUAS BORRASCOSAS 149
PAISAJE DE LA LUZ 157
SOBRE EL AUTOR 163

PRÓLOGO

Los relatos cortos cuya recopilación han encontrado literario acomodo en este libro deben —literalmente hablando— su existencia al parque más emblemático de mi ciudad de adopción, el del Buen Retiro en Madrid, el Retiro, al que he dado en llamar el «pentágono» por cuestiones más o menos geométricas.

Desde que a principios de los sesenta nos trasladamos a la capital de España procedentes de Valencia, he sido asiduo visitante del parque del Retiro y me cuento entre sus más fervientes admiradores; aún hoy, más de sesenta años después, sigo encontrando razones para visitarlo y continúo descubriendo nuevos rincones.

Recuerdo casi como si fuera ayer (que gran sentido irónico tiene a veces la vida, puedo recordar algo ocurrido durante el otoño de 1962 como si fuera ayer, pero no tengo ni la menor idea de lo que cené anoche) una de mis primeras visitas, con apenas ocho años recién cumplidos y llegado a la gran ciudad apenas dos meses antes; durante una excursión escolar con el orfanato en

el que estaba internado, tuve la oportunidad de comenzar a descubrirlo, supongo que debí quedarme con la boca abierta —todavía no la he cerrado—, abstraído ante la belleza, grandeza histórica, el tamaño y la monumentalidad del parque, tan distinto de los que yo hubiera podido visitar o recordase en otros lugares.

Tan absorto debí quedarme que, en un momento de descuido muy propio de mí, me retrasé sin darme cuenta del grupo, probablemente embobado ante algo que llamaría mi atención, encontrándome de repente solo, perdido y desorientado durante un par de horas, aislado del resto de los compañeros de clase y de las hermanitas de la Caridad que nos llevaban de paseo.

Durante esos ciento veinte minutos permanecí inmóvil, casi sin pestañear, sentado en un banco de piedra de la plaza Mármol, el nombre de la plaza lo supe años más tarde, a dos pasos del antiguo zoológico cuando todavía se llamaba Casa de Fieras, supongo que nervioso, asustado, esperando confiadamente en que alguien notase de pronto mi ausencia del grupo y volvieran a buscarme antes de que alguna de las peligrosas fieras, sin duda salvajes y hambrientas, saliera de cacería escapándose de un salto de su vallado recinto.

Quiso la casualidad, siempre tan caprichosa, mi corta edad, el reconocible uniforme colegial con dos ovalados emblemas militares en las solapas, la gallina en lenguaje colegial, mi marmórea quietud infantil, el rítmico aleteo de pestañas en estado de máxima alerta como única señal perceptible que me diferenciaba de

una estatua del parque, y sobre todo su saber hacer, se aliaron para que me localizase una pareja de la Policía Municipal; tras un breve y cariñoso interrogatorio, los agentes enseguida me devolvieron al rebaño de niños que proseguían como si nada la visita con las sorprendidas monjas, las cuales me recibieron con un simulacro de regañina que no pasó a mayores, capones aparte cuando se fueron los guardias, a la que con el susto que todavía llevaba encima no di mayor importancia.

Desde aquella primera ocasión no he dejado de visitar el parque en cualquier época del año, solo o en compañía de otros, siempre admirando su constante evolución y necesaria adaptación al paso del tiempo, si bien reconozco que en mi constante admiración probablemente haya influido su cercanía al domicilio familiar que me permitía frecuentarlo a menudo como si fuera el jardín particular de nuestra casa.

Siendo niño, con el colegio o con los amigos del barrio, en pareja durante la fogosa juventud, divino tesoro, más tarde con mis hijos y después con mis nietos, entre semana o en festivo, para pasear, correr, montar en bicicleta, leer, fotografiar sus más bellos rincones o simplemente para disfrutar del silencio y la tranquilidad que en él se respiran, porque cualquier época del año es buena para realizar una visita sin prisas al histórico parque.

Uno de los cambios más celebrados y esperados por mi parte fue el decisivo cierre municipal al tráfico rodado de coches —ocurrido en 1983 durante el mandato

de otro gran alcalde madrileño, moderno y revitalizador, como fuera «el viejo profesor» don Enrique Tierno Galván— que lo ahogaba, permitiendo su transformación definitiva en un parque de verdad; el tráfico de drogas menores debe ser mucho más complicado de eliminar y a las pruebas me remito, porque todavía hoy permanece abierto y en pleno apogeo con el trapicheo de los camellos que impunemente comercian con ellas a la vista de todos aunque, por extraño que pueda parecer, la actividad delictiva sea aparentemente invisible e indetectable para las autoridades municipales y policiales responsables de mantener la ley y el orden, porque no consiguen, o no quieren, erradicarlo.

Este céntrico, extenso, verde y valioso espacio urbano, uno de los destinos más visitados de la ciudad por propios y extraños, si no el que más, se ha convertido en un escenario idóneo para estimular la fértil imaginación de sus visitantes, los cuales pueden ser testigos, y en ocasiones también protagonistas, de situaciones insólitas e inesperadas, las más de ellas divertidas y entretenidas, otras no tanto, en cualquier momento de sus paseos.

Los últimos años he frecuentado el parque de forma intensiva debido a mi tardía afición por correr; su cercanía a mi domicilio fiscal —sigo viviendo en el mismo aunque ya vetusto edificio de mi niñez y desde él, si Dios que todo lo puede tuviera a bien perdonar mis pecadillos, iré derechito al cielo cuando me llegue la hora, salvo que la conocida frase «de Madrid al cielo» no re-

sulte ser otro camelo propagandístico y me fastidie los planes— me viene que ni pintada para enarbolar bien alta la bandera de la mente sana en un cuerpo lo más sano posible a pesar de los naturales achaques de la edad, por supuesto sin dejar de lado mis otras aficiones a las que me dedico siempre que puedo y que el parque me permite practicar.

Historia, belleza, recuerdos, paz, tranquilidad, árboles singulares, sombra abundante, fauna diversa, fuentes ornamentales y de utilidad pública, estanques, barcas, esculturas, edificios, monumentos, ferias, fiestas, exposiciones, fuegos artificiales, biblioteca, cine de verano, recinto polideportivo, kioscos de música, de bebidas y de chucherías, vendedores del top manta, artistas callejeros, músicos, pintores, caricaturistas, echadores de las cartas del tarot, videntes, teatro de títeres, jardines internos, baños públicos, rosaledas, palacios, plazas, caminos de tierra, de piedra y de asfalto, sanitarios, policías y ladrones, timadores y timados, empleados municipales, estatuas vivientes, de bronce y pétreas, magos, apocalípticos vende biblias, proveedores de estupefacientes, miles de turistas y visitantes procedentes de todas las partes del mundo, la verdad es que poco más se le podría pedir a un parque público para hacerlo tan apetecible.

Bueno, a mí como ciudadano de pago que soy se me podría ocurrir pedir al ayuntamiento alguna que otra cosa adicional, pero no quisiera contaminar tan larga introducción con reclamaciones ciudadanas, no es este el

lugar ni el momento para hacerlo, ni tampoco son tan importantes o urgentes que no puedan esperar.

De una u otra forma, por activa, pasiva y perifrástica, todos los relatos y hechos incluidos en el libro ocurren en el parque (o mi imaginación los sitúa aquí, aunque para lograrlo deba dejar que en ocasiones se desborde) o se me ocurrieron paseando por sus rincones, convirtiéndose por derecho propio en el hilo conductor de las historias que se cuentan, cuyo único objetivo es entretener al posible lector aportando una visión distinta del parque que no se puede encontrar en una guía turística convencional, aunque por exigencias del guion en los relatos se comenten de pasada algunos detalles técnicos y lugares que en ellas encontrarían mejor acomodo.

Desde hace algunos años lo llamo pentágono en la intimidad —en ella no solo se «parla catalá», como dijo un presidente bajito y con bigote capaz de poner sus botas tejanas sobre la mesa durante la cumbre de las Azores—, porque su plano me recuerda vagamente a un polígono de cinco lados; semejante apelativo solamente lo utilizo en mis círculos privados que no requieren de rigor y precisión geométrica, porque su nombre oficial es tan bonito, evocador y adecuado que no quisiera que se lo cambiasen por las buenas, aunque con la Ley de Memoria Histórica en la mano podrían intentarlo si se les mete entre ceja y ceja; desde luego, conmigo que no cuenten para eso.

Estos relatos, y otros que todavía no han visto la luz, fueron surgiendo durante años y poco a poco en mi ca-

beza; sin venir mucho a cuento, de repente, ante algún hecho imprevisto o sorprendente, se encendía la chispa creativa y más tarde sentía la necesidad de plasmarlo sobre el papel; la idea de reunirlos en un libro solo ha sido una consecuencia, más o menos lógica, si tenemos en cuenta mi afición por la escritura, la curiosidad ante lo novedoso que siempre me acompaña, mis limitadas habilidades informáticas y las modernas facilidades de la autoedición y publicación existentes en internet; las publico para que no se pierdan cuando llegue el momento en que este servidor de ustedes deba desaparecer del mapa aunque, en lo que a mí respecta, el cielo, por muy madrileño que sea, puede esperar.

Algún ejemplar quedará rodando por casa y quizás en el futuro, la esperanza es lo último que se pierde, alguno de mis hijos o nietos lo encontrará, olvidado del mundanal ruido, en la última balda de una estantería o en el fondo inaccesible de un cajón; movido por la curiosidad y el recuerdo, lo hojeará y tendrá que decidir si leerlo o reciclarlo en el contenedor de papel y cartón, si es que para entonces siguen existiendo.

Si lo pudiera elegir, preferiría que lo leyesen antes de deshacerse de él. Sería una bonita manera de recordar a su autor y tal vez se salvaría al libro de desaparecer reconvertido en pasta de papel.

Mantengo el deseo y la esperanza de que para entonces el parque seguirá gozando de buena salud, ya que por él no parecen pasar los años, sirviendo de remanso de paz y tranquilidad en medio del ajetreo ciudadano

como lleva haciendo sin descanso tantos años. Tal vez el potencial lector que lo encuentre, animado por su lectura, decida acercarse a comprobar en persona si todo lo que cuento es cierto o solo es producto de mi imaginación.

GAME OVER

Aquella mañana se despertó, por enésimo día consecutivo, ligeramente confuso, con la mente embotada, intentando ubicarse espacialmente mientras lentamente recuperaba la consciencia necesaria para saltar de la cama y poner los pies sobre el suelo; razonó en silencio su somnoliento estado hasta encontrarlo lógico, porque nuevamente había dormido fatal y ya llevaba varias noches seguidas sin descansar como es debido.

Sin poder achacarlo a una necesidad fisiológica nocturna, hacer pis para entendernos, abrió los ojos de par en par a las 0600 de la mañana, suspiró un par de veces con fuerza y resignación; comprendiendo que no podría volver a conciliar el sueño, definitivamente interrumpido, decidió levantarse y afrontar el nuevo día.

Sin tan siquiera tomarse un café —la verdad es que no le gustaba demasiado el café, pero lo hacía por costumbre y con mucha leche para disimular su sabor, demasiado fuerte para su paladar— se preparó para salir a correr en cuanto despuntase el día, queriendo así evitar

la desgana progresiva que lo iría invadiendo sin remedio a medida que pasasen las horas.

Con las primeras luces del amanecer salió a la solitaria calle, sintiendo de inmediato en la garganta el frío helador de la mañana; los ocho grados que marcaba el termómetro de la parada del autobús le parecieron muchos para el frío que hoy sentía; sin esperar, comenzó a trotar la larga subida hasta el parque, a la que siempre se refería como «la puta cuesta» por el enorme esfuerzo que le suponía ponerse a correr cuesta arriba recién levantado de la cama; aunque intentaba entrar en calor por la vía rápida, cada vez se le hacía más insufrible, superar la fuerte pendiente sin parar de correr constituía para él un irresistible reto personal, mientras fuera capaz de subirla corriendo todavía podría considerarse joven y en buena forma.

Como siempre le ocurría con la llegada del invierno, el helado aire serrano de las primeras horas le provocó el cierre inmediato de la glotis, provocándole una fuerte y desagradable sensación de ahogo que durante uno o dos minutos se convirtió en su molesta compañera de viaje, «joder, tantos años sin fumar y haciendo deporte y no hay manera de eliminar esta mala sensación», pensaba para sí mientras respiraba pausadamente intentando contener la angustia que lo invadía.

Subiéndose la cálida braga de cuello hasta el borde inferior de los ojos y tapándose bien las orejas para resguardarlas del cortante viento, respiró fuerte y repetidamente varias veces por la nariz expulsando lentamen-

te el aire por la boca, como le había enseñado su buen amigo el doctor Garabitas, para ver si así se le pasaba.

Una vez en el interior del parque no terminaba de encontrar un ritmo que le resultase cómodo de seguir, avanzaba lenta y fatigosamente con el único acompañamiento del cadencioso soniquete de fondo de sus rítmicas pisadas, mientras avanzaba ensimismado en la búsqueda de soluciones para sus cosas, que realmente no eran solo suyas sino también de todos los demás, porque las suyas propias las tenía muy vistas y no perdía el tiempo pensando en ellas.

Recordó la reciente visita al médico, obligado por una bronquitis con roncus difusos y sibilantes espiratorios; él solamente acudía al médico cuando todos los remedios caseros hubieran fracasado previamente; el informe radiodiagnóstico hablaba de ateromatosis aórtica sin hallazgos relevantes en las estructuras pleuropulmonares, aclarando que su índice cardiotorácico estaba dentro de los límites normales; pensó «no hay dios que entienda a los médicos cuando se ponen a escribir y no es solamente por su mala letra», lo mismo por eso no conseguía terminar de arrancar esa mañana.

—Tendré que investigar en internet qué porras significa este enrevesado diagnóstico, aunque la doctora de cabecera me haya dicho que es normal a mi edad y que no me preocupe… ahora que he conseguido llegar a la madurez, con la de años que me ha costado, resulta que todo lo malo que me pasa es por culpa de la edad.

Con el transcurso de los kilómetros dejó de pensar en la bronquitis y los achaques por su edad; a pesar de verse obligado a detenerse un par de veces para recuperar el aliento, no dio mayor importancia a las malas sensaciones, razonando a su conveniencia que sería por culpa del frío reinante, de la humedad del recinto, de la edad que, me guste o no, no perdona, a haber dormido poco y mal y con esta ya van no sé cuántas noches, al sobrepeso o al sursuncorda, cualquiera sabe.

A punto de terminar el ejercicio matinal decidió probarse corriendo a tope los mil metros del paseo de Fernán Núñez del parque; había adquirido esa costumbre y siempre procuraba que el último kilómetro de la sesión, antes de iniciar la vuelta a casa, coincidiera con el antiguo paseo de coches porque es la llegada de la maratón de Madrid y eso lo motivaba; sobre el asfalto todavía era visible la línea discontinua de trazos azules a lo largo del recorrido hasta la línea de meta, le gustaba seguir su trayectoria sin desviarse un centímetro ni olvidaba levantar triunfalmente los brazos al cruzarla, como si estuviera terminando una carrera imaginaria.

La frondosa arboleda del paseo de coches pronto adquirió el aspecto con que se define en mecánica cuántica el efecto túnel, corría sorteando sin dificultad a los escasos ciclistas, grupos de paseantes y las mascotas de collares luminiscentes de todas las mañanas; embriagado por una renovada velocidad de crucero que ya solo formaba parte de su pasado atlético, siguió apretando los dientes con más rabia y determinación que fuerza

pues, aunque empezó a sentirse cansado por el esfuerzo continuado acumulado, no pensaba cejar en el empeño por nada del mundo, en el parque sus kilómetros finales siempre tenían mil metros exactos, ni un metro más ni uno menos.

En evidente estado de exaltación deportiva, apurando al límite la frecuencia cardíaca máxima y sus agotadas fuerzas para llegar al punto previsto, sin desfallecer pero con evidentes ganas de terminar, le pareció ver a sus padres esperándolo al final del paseo.

Rodeados por un halo de luz sobrenatural lo saludaban sonrientes, alzando los brazos en cariñosa actitud de abrazarlo en cuanto llegase hasta ellos; sorprendido por tan extraña aparición no daba crédito a lo que veía, «¿Papá, mamá?», intrigado por aquella visión fantasmagórica, intentaba en vano comprender lo que fuera que estuviera ocurriendo; aturdido por la sorpresa frenó en seco su veloz carrera y, caminando muy despacio, como temeroso, llegó hasta la altura de sus padres para, entre toses y jadeos, preguntarles:

—Pero ¿qué hacéis vosotros aquí, cómo es posible que me hayáis encontrado y reconocido?, ha pasado tanto tiempo y ocurrido tantas cosas desde que os marchasteis de este mundo…

Un cariacontecido, ojeroso, bien vestido y repeinado Matías Prats iniciaba las noticias del telediario de las tres con su elegante aspecto e inconfundible voz de locutor experimentado, capaz de dar sin inmutarse ni per-

der la sonrisa cualquier noticia por buena o mala que fuera, elevando a la categoría de arte dramático el conocido dicho popular que recomienda poner buena cara al mal tiempo.

—En esta fría mañana invernal ha sido encontrado en el paseo de coches del parque del Retiro de Madrid el cuerpo sin vida de un veterano corredor del montón; unos paseantes lo hallaron tirado en el suelo, tras haber sufrido —supuestamente— lo que los servicios de urgencia municipales han definido, en una primera evaluación urgente de las causas de su muerte, como un infarto masivo de miocardio en el cruce del paseo de Fernán Núñez con el de Uruguay, muy cerca de la isleta central, a los pies de la estatua de Hércules y la Hidra de Lerna; como todos ustedes sin duda sabrán, la estatua representa uno de los doce trabajos que tuvo que realizar Hércules, en concreto matar a la Hidra de Lerna, animal de doce cabezas, para expiar sus culpas por sus execrables acciones previas.

Gracias a que en la muñeca derecha llevaba una pulsera con una pequeña plaquita de metal en la que constaban grabados sus datos personales y de contacto, ha podido ser plenamente identificado por la Policía Municipal, quienes inmediatamente se pusieron en contacto con la desolada familia del infortunado deportista popular para comunicarles la triste noticia y darles el necesario apoyo moral si lo requieren.

Recordamos una vez más a nuestros queridos telespectadores que antes de lanzarse al ejercicio desmedido

tras años de sedentarismo es conveniente, incluso debería ser obligatorio, realizarse revisiones médicas completas para poder disfrutar plenamente del deporte sin correr innecesarios riesgos.

El lamentable accidente de este veterano corredor del montón, como él mismo se definía según han contado sus afligidos deudos, debería servirnos a todos como recordatorio y ejemplo, seguramente con los cuidados adecuados y la debida prevención podría haberse evitado el fatal desenlace.

D.E.P.

EL ABUELO

La tarde prometía tranquilidad y sosiego, tras pasar buena parte de la mañana deambulando entre los columpios y toboganes del parque, vigilando atentamente los juegos y carreras de su nieta de apenas dos años, mucho más veloz e inquieta que él, necesitaba relajarse.

Aprovechando que al terminar de comer se había quedado plácidamente dormida, rebuscó, en completo silencio para no despertarla, en el fondo de los cajones del armario hasta dar con su ropa de corredor, luego sacó unas gastadas zapatillas de la bolsa protectora y se cambió lentamente, con parsimonia.

El resto de la familia sesteaba en silencio cómodamente recostada en el sofá, el sonido de fondo del televisor parecía ser el único signo de actividad vital en la vivienda; la presentadora del tiempo llevaba diez minutos señalando mapas, isobaras y fotos de nubes enviadas por espectadores afectados de pareidolia para participar en el concurso que las mismas telenoticias organizan para captar nuevos adeptos, pero ninguno parecía

atender a sus pormenorizadas explicaciones, más bien el soniquete meteorológico de fondo contribuía a tornar invencible el sopor que los invadía.

Plácidamente amontonados en posiciones inverosímiles los adultos en el sofá, hecha un completo ovillo en su cuna la pequeña gacela, agotados todos tras el paseo matinal, empujando en los columpios, frenando su salida impetuosa de los toboganes y sacudiendo la arena acumulada en sus zapatos bajo el suave sol otoñal.

El abuelo sacó el cronómetro, un estupendo pero anticuado GPS para lo que se estila hoy en día y, mirándolo como si fuera la primera vez que lo viera, se lo ajustó con un par de gestos mil veces repetidos en la muñeca, siempre la izquierda y en el tercer agujero para que después no le quedase indeleble sobe la piel la fea marca de la correa. Apretó el botón de encendido poniéndolo en marcha para que fuera adquiriendo con calma las señales satelitales que necesita para cumplir la función para la que fue fabricado y adquirido.

Metió en la mochila una camiseta de recambio por si le hiciera falta cambiarse al terminar, la gorra de visera que lo mismo sirve para detener el sol que para desviar el agua de lluvia, las llaves de casa porque nunca se sabe, un pequeño monedero japonés con el carné de conducir y un billete de veinte euros porque vaya usted a saber, lo mismo de camino te paran los municipales y tienes que identificarte cómo te apetece tomarte un café al terminar de correr con los amigos; no lo puede remediar, el abuelo es un tipo precavido.

A punto de salir de casa, cerrando lo más inaudiblemente posible la puerta de la calle, pensó fugazmente despedirse en voz alta, pero tan solo musitó para sus adentros un silencioso «hasta luego», procurando no interrumpir ni por un segundo el relajado descanso ajeno.

Cruzó la a esas horas de la tarde solitaria calle, saludó con un leve gesto levantando las cejas al pasar frente al inmóvil vigilante —parecía una estatua sentado en su puesto de la garita— al entrar en el edificio, accionó la llave de seguridad para bajar en ascensor hasta su planta, dos pisos bajo el suelo, y cuando lo tuvo a la vista pulsó el mando a distancia del coche «ábrete Sésamo, que nos vamos al parque», pero el coche no se abrió, ni destellaron sus luces de posición, ni se escuchó el familiar doble pitido de bienvenida, al parecer la batería había dicho basta, hasta aquí hemos llegado.

Asumiendo lo irremediable con la calma y naturalidad propias de alguien acostumbrado a los reveses de la vida diaria y tras intentar abrir la puerta a patadas mientras maldecía a la madre que parió al coche, dio media vuelta y subió en el ascensor, que permanecía en su lugar como sabiendo que volvería a necesitarlo enseguida, hasta la planta de calle; al pasar por delante saludó con otro movimiento de cejas, esta vez malhumorado, al vigilante que seguía inmóvil en la misma posición sedente de hace un rato, como si fuera una estatua de sal, posiblemente dormido con los ojos abiertos y la cabeza en cualquier parte menos dónde debería estar; cruzó la a esas horas solitaria calle, abrió con extremo cui-

dado la puerta de su casa y, al entrar en ella, pensó fugazmente en saludar a la concurrencia en voz alta como era su costumbre, pero, comprobando que seguían en la misma posición y para no despertar de la siesta a nadie, se abstuvo de hacerlo.

En absoluto silencio y con movimientos calculados colgó las llaves en el gancho de la entrada, un figura dorada de bronce con forma de caballo al galope tendido, se quitó con cuidado las zapatillas en la misma entrada para no arañar el parqué con las pequeñas piedras que se agarran como lapas a las suelas, guardó la mochila, apagó y se quitó el cronómetro GPS como si fuera la primera vez que lo hiciera, comprobando satisfecho que no había ni rastro de marcas de la correa en su muñeca, dejó el monedero sobre la mesa y se acomodó sigilosamente en un pequeño hueco libre que encontró en el sofá junto al resto de durmientes.

Atónito, observó como la chica del tiempo seguía enseñando mapas, isobaras y fotos de nubes enviadas por espectadores afectados por pareidolia para participar en un supuesto concurso, en medio del desinterés informativo de la concurrencia, puesto de manifiesto por los adormilados presentes que seguían acurrucados en los brazos de Morfeo.

—Al menos echaré una cabezadita de media hora antes de que se despierten— pensó inocentemente para sus adentros mientras cerraba los ojos; siempre tan poco realista, su dilatada experiencia como marido, padre

y abuelo tendría que hacerle saber que hay cosas que no pueden ser y además son imposibles.

Justo en ese mismo instante, rompiendo la paz domiciliaria, cansada de dormir, con fuerzas completamente renovadas y con ganas de merendar, la nieta se despertó sobresaltada, con la melena negra desordenada y carita de rosa, se incorporó cuan larga era y, agarrada a los barrotes de la cuna, empezó a llamarlo a gritos «¡abuelooo, abuelooo…!».

Debido a su naturaleza maternal, es un automatismo solo al alcance de ellas, la llamada de socorro de la niña alertó de inmediato a su abuela, la cual, sin apenas abrir los ojos ni mover un músculo facial, le soltó un codazo en los riñones al abuelo, a la par que le decía:

—¿Pero, es que no oyes a tu nieta?, anda, ya que por lo visto hoy tampoco piensas salir a correr, al menos haz algo útil y atiéndela antes de que nos despierte a todos, ¿de verdad no oyes que te está llamando?, desde luego ya te vale, cada día estás más vago y sordo.

»Y cuando la cambies y termine de merendar, hazle una papilla de frutas con tres galletas María porque necesita energía, podrías subirte con ella un rato al parque del Retiro que ya sabes lo mucho que le gusta.

LOS BESOS

Al entrar en la cocina para tomar café, descubrió con sorpresa que había sido el último de la familia en levantarse, las encontró desayunando tranquilas y en silencio, quizá todavía adormiladas por las horas de descanso nocturno; su sonoro y algo molesto «buenos días» interrumpió súbitamente la paz que se respiraba en la cálida estancia, lo miraron con los ojos entornados poniendo cara de haber escuchado una molesta explosión nuclear y siguieron concentradas en lo suyo.

Recogió del tendedero de la galería su ropa de corredor y del zapatero las gastadas zapatillas, pensó «voy a tener que comprarme unas nuevas porque estas ya están para el arrastre», y volvió a entrar en la cocina comentando en voz alta que había salido un día espléndido y lo aprovecharía subiendo a correr un rato por el pentágono antes de que se hiciera más tarde.

Su mujer, dejando por un momento sobre la mesa la humeante taza de café y pasándose la servilleta por la comisura de los labios, le dio un beso de trámite en si-

lencio sepulcral, mientras su hija le dedicaba algo parecido a un gruñido animal, para añadir a continuación «me voy ahora mismo a la biblioteca del Retiro a estudiar con una amiga», se ve que a esas horas de la mañana no tenía el humor para besos.

Poco más tarde, al pasar frente a la parada del autobús la vio de pie, al otro lado de la calle, mirando fijamente hacia la salida del sol que es por dónde también llegaría el 20 procedente del barrio de Moratalaz; la silbó con fuerza, sabedor de que este tipo de efusiones sónicamente pero cariñosas no le gustaban nada en público, a lo que ella correspondió con un imperceptible saludo sacudiendo levemente, casi a escondidas del resto de personas que esperaban en la parada, una mano por vergüenza ajena; «aquí tampoco habrá beso», pensó mientras enfilaba resignado la cuesta arriba.

Al paso por los arcos porticados de la plaza del Niño Jesús lo alcanzó el autobús; él llegaba resoplando por el titánico esfuerzo de subir a todo trapo la cuesta; al verlo, ella nuevamente lo saludó disimuladamente, ocultando y agitando la mano desde detrás del cristal, procurando no ser vista por ningún pasajero.

—Vaya— protestó, comprensivo pero malhumorado para sus adentros— ni siquiera me ha lanzado un beso furtivo como hacía cuando era pequeña, es normal a su edad sentir vergüenza en estos casos, pero al menos parece contenta de verme haciendo deporte, algo es algo.

Recordando con una sonrisa de satisfacción que a ella siempre le había gustado y apoyaba la afición a correr de su padre, entró de lleno en el parque sintiendo de inmediato su botánica humedad y apretó ligeramente el paso.

Al poco —desviándose a propósito de su ruta habitual, que suele discurrir por otras zonas del pentágono— llegó a la altura de la acristalada biblioteca municipal «Eugenio Trías», construida en el lugar dónde en otra época estuvo situada la Casa de Fieras antes de su traslado definitivo a la Casa de Campo, convertida en moderno zoológico; de pie, junto a la puerta de acceso, la vio apurando un cigarrillo mientras esperaba a que llegase su amiga, la puntualidad era una característica de ambos, de casta le viene al galgo.

Al verlo llegar, por un instante se le iluminó la cara por la sorpresa; él, como excusa para justificar y disimular un encuentro forzado que no estaba previsto en el guion, le pidió que le guardara los guantes en la mochila pues ya no hacía tanto frío como al empezar y así se quitaba una molestia para correr; de paso le confió sus claves de acceso al wifi de la biblioteca municipal, escribiéndoselas él mismo en una nota de papel a la que añadió un escueto «un beso fuerte de tu padre», antes de desaparecer de escena a la carrera.

Al cabo de una hora y pico, sudoroso y cansado, pero en paz consigo mismo y con el mundo que lo rodeaba gracias al vigoroso ejercicio y al buen trabajo de las endorfinas, regresó a casa dispuesto a afrontar el resto

del día con la mejor disposición y sin rencores que no venían a cuento, porque él sabe que pertenece a una familia de tradición besucona aunque esta vez pintasen bastos.

Hoy nuevamente le tocaba cuidar a su pequeña nieta, seguro que ella le daría sin parar todos los besos que le pidiera y puede que algunos más de propina.

—Tendré que aprovecharme ahora, antes de que se haga mayor.

MANIFIESTOS

A medida que avanzaba inexorable el reloj de la librería, la tarde se teñía de un triste color gris plomizo; si continuaba deshojando la margarita y mirando por la ventana hasta encontrar la motivación necesaria, al final se le haría de noche para subir al parque y renunciaría a hacerlo, de modo que sacando fuerzas de flaqueza se enfrentó con decisión a su desgana vespertina y salió.

La temperatura volvía a ser fresca, pero el ejercicio pronto le otorgaría el confort térmico suficiente como para quitarse la capa superior y continuar en manga corta como tenía por costumbre; en el interior del parque se percibía un rumor de fondo que intentaba reconocer sin conseguirlo porque no era propio del mismo.

Al ver que un helicóptero lo sobrevolaba en círculos, alumbrando hacia el suelo con un potente foco parecido a un rayo láser espacial, razonó que una manifestación en la plaza de Cibeles o en la de Neptuno podría ser la causa más probable; a medida que se aproximaba a la zona de la calle Alfonso XII le llegaba con claridad el

eco de algún estampido aislado, posiblemente serían los antidisturbios disparando gases lacrimógenos o pelotas de goma contra los manifestantes, nuestro corredor no sabe distinguirlos por el ruido, mientras algún dirigente de los protestantes se dirigía megáfono en mano a sus prosélitos, animándolos a resistir sin dar un paso atrás el empuje decidido de la fuerza policial.

Entre tanto, nuestro hombre seguía corriendo, de momento manteniéndose ajeno a las vicisitudes que pudieran estar viviendo los generadores del rumor, centrándose en mantener su actividad física que era para lo que había subido al pentágono; a pesar de todo, fugazmente, por un instante, se preguntó sin recibir respuesta hasta donde estaría él dispuesto a llegar en la defensa de sus propios intereses si fuera completamente necesario.

Muy cerca de allí, a tan solo unos pasos, había gente protestando por lo que consideraban justo, liderados y empujados por otros o por la razón que fuera; siempre podemos encontrar motivos suficientes para alzarnos contra lo establecido, arriesgando incluso nuestra integridad física y las consecuencias de enfrentarnos por las bravas a la ley, pero a él solamente parecía importarle mantener constante su ritmo de carrera sin que lo distrajeran con reivindicaciones que no le afectaban.

Continuó impertérrito su marcha sin dejar de correr, intentando olvidar cuanto antes aquello que lo despistase de su objetivo, pero la preocupación por ese pensamiento rebelde y la repentina aparición de un juvenil y

apagado sentido de la justicia, iban ganando terreno con fuerza en su interior, minándole la moral.

Pasados unos minutos de reflexión, sacudido y aturdido por dentro por los rescoldos de su enterrada y olvidada conciencia social por años de adocenamiento intelectual, comenzó a correr todo lo rápido que le permitían sus cansadas piernas, que a estas alturas de la tarde no era mucho dicho sea de paso, aunque en este caso la velocidad resultaba algo meramente anecdótico; envenenado por sus pensamientos negativos aceleró, pero solamente para intentar espantar y dejar atrás los remordimientos.

—Aunque no te guste reconocerlo, eres muy consciente de que te has aburguesado.

Por banal que pudiera parecer ahora su actitud al lector más comprometido con causas justas, antes de recorrer quinientos metros nuestro corredor ya había logrado olvidarse por completo de Cibeles, de Neptuno, del helicóptero de potente foco, de los que luchaban por algo, de los que no les dejaban luchar por nada, de los estampidos, de la injusticia social y de todo aquello que pudiera distraerlo de culminar su objetivo real en aquella tarde de color gris plomizo, casi a punto de anochecer, que era seguir corriendo por el parque como si no pasase nada.

Tal vez hubiera sido mucho mejor para su conciencia quedarse en casa tranquilo y relajado, esperando a que la televisión contase a su manera los hechos ocurridos

en el centro de la ciudad; a salvo y bajo el amparo protector del calor que proporciona la calefacción central del hogar, en lugar de salir al parque a luchar contra los elementos y las injusticias al encontrarse de pronto con una manifestación.

Más tarde, mientras picaba algo ligero para cenar, atendiendo de refilón las noticias del día, se enteraría de que estaban manifestándose los empleados de los servicios de limpieza madrileños, protestando por sus condiciones laborales y exigiendo mejoras inmediatas a un consistorio municipal que probablemente no está por la labor y difícilmente se las concederá.

Seguro que cuando terminen su huelga legal tendrán ración doble de trabajo entre lo que no hayan recogido de las calles hasta hoy y los nuevos restos que la batalla campal y la protesta hayan dejado atrás.

Incluso podría ocurrir que algunos de los manifestantes acudan mañana a trabajar con un buen chichón en la cabeza.

UNIFORMES

Fatigoso y con el pulso agitado subía la puta cuesta hacia el parque, cada día le costaba más hacerlo a la carrera, intentaba recordar cuántas veces lo habría hecho a lo largo de su vida, pero sin duda serían incontables por la sencilla razón de que no ha llevado la cuenta; casi sesenta años lleva haciendo el mismo recorrido, una vez tras otra, para acabar en el Retiro.

Echó la vista apenas medio siglo hacia atrás hasta recordar cuando llegó a Madrid con apenas ocho años recién cumplidos y una de las primeras cosas que hizo, en cuanto tuvo amigos en el barrio, fue subir esa misma cuesta.

Al entrar en el parque siguió anclado en el pasado, distraído y disfrutando de sus recuerdos; correr relajado, centrado en la respiración, sin tener que pensar en nada trascendental, era uno de los beneficios psicológicos que compensaban el esfuerzo aeróbico intenso; olvidarse durante una hora de la realidad y de los problemas que nos agobian, sin duda es un buen premio.

Recordó su primera bicicleta, aquella pesada Orbea de color azul, por supuesto sin marchas ni batería, que él y su hermano pequeño se compraron a medias en «El caballo de acero» de la calle O'Donnell, frente a la puerta de Madrid, con las ochocientas pesetas que habían ahorrado en su hucha infantil y como subían pedaleando la cuesta, uno sentado sobre el manillar, el otro pedaleando, las más de las veces echando pie a tierra antes de llegar en cuanto fallaban las fuerzas.

Cuando se encontraba de permiso de la mili subía algunas tardes con su novia a pelar la pava, como se decía entonces; en aquellos tiempos se llevaba la intimidad para ciertas cosas, todavía teníamos vergüenza para hacerlas en público, y entre estos mismos caminos semi ocultos entre los árboles por los que ahora corría, encontraron apartados rincones secretos donde dar rienda suelta a la imaginación y al desbordante exceso de hormonas.

Ella siempre acudía a la cita vestida con el uniforme de colegiala que tan bien le sentaba, al salir de clase no le daba tiempo a subir a su casa para cambiarse y de paso evitaba tener que dar explicaciones; él lo hacía en permanente estado de excitación, con el ardor guerrero siempre a flor de piel, pensando en las delicias que se esconderían bajo aquella falda plisada y los pequeños placeres carnales a su alcance, que no eran para nada platónicos ni tampoco desenfrenados, ciertamente eran otros tiempos, más recatados, que nerviosamente imaginaban mientras llegaban puntuales a su cita.

Siguió corriendo absorto en sus pensamientos mientras, inconscientemente, azuzado por sus pensamientos, apretaba el paso; rememorar lejanos recuerdos casi borrados por el tiempo, era un alivio perfecto al esfuerzo y pronto se olvidó del presente perdido en las ensoñaciones de un lejano ayer, hasta que en un momento dado creyó ver acercarse hacia él a la misma chica de entonces, tan joven, tan guapa con ese uniforme que tan bien le quedaba, tan alegre...

Solo un segundo antes de abandonar por completo el presente, la vio venir hacia él, no había ninguna duda, era la misma chica, con su preciosa melena castaña y rizada al viento, sus ojos verde esmeralda, apresurada, risueña, vestida con el mismo uniforme.

Totalmente fuera de la realidad creyó ver en ella a la novia de sus recuerdos; por un instante dudó si estaría soñando o sería real lo que estaba viendo, pero pudo más el recuerdo y se dirigió directamente hacia ella para abrazarla y besarla apasionadamente.

En comisaría le dijeron de todo mientras rellenaban su ficha policial, antes de llevarlo a presencia judicial para recibir el justo castigo por su maldad: asqueroso, viejo verde, acosador, abusador de menores, vicioso, sinvergüenza, infanticida, machista, incluso llegaron a tildarlo de pederasta, a él que era un alma de cántaro, incapaz de matar una mosca (si hablásemos de mosquitos la cosa cambiaría, sería otra historia), pasando por matices e insultos intermedios que serían largos de enumerar y difíciles de recordar en este momento.

—Parece mentira —le decían los escandalizados policías—, creíamos haberlo visto todo en la profesión, pero está claro que siempre puede aparecer un nuevo monstruo depravado, dispuesto a superar en mezquindad a todas las maldades que hayamos podido conocer previamente.

—Que a su edad haga semejantes tonterías, a pleno día, en el Retiro y a la vista de todo el mundo, ¿no le da vergüenza, es que no le queda a usted un mínimo de dignidad? ¡Qué podría haber sido su nieta!

Lo peor de esta historia es el tremendo susto que se llevaría aquella lozana chiquilla que cruzaba confiadamente el parque, camino de vuelta a su casa después de un largo día repleto de clases y actividades complementarias; una inocente criatura, por completo ajena a las evocaciones amorosas que podían provocar los pliegues de su falda en los recuerdos pretéritos de un viejo corredor del montón, falto de riego sanguíneo por efecto del esfuerzo y puede que también por la edad.

COMO DOS GOTAS

Siempre había tenido fama de huraño, estricto y poco sociable en su trato con los demás, puede que el peso de la responsabilidad por entrenar a tantas personas que depositaban en él sus ilusiones atléticas no lo ayudase precisamente a limar las asperezas de su carácter, diríase que incluso las fortalecían.

Hubo un tiempo en que lo obedecía ciegamente: «sí míster, esta mañana he hecho cinco miles en R3; sí míster, el jueves hice series de cuatrocientos metros cuesta arriba; sí míster, mañana tengo un controlado en R2; sí míster, ayer estuve hora y media a ritmo de maratón, sí, sí…», no había otra opción más que obedecer sus instrucciones; si quería seguir siendo su pupilo, tenía que cumplir a rajatabla el plan de trabajo acordado.

Había que responder siempre que sí a sus duras propuestas de entrenamiento, sin discutir una coma ni escaquearse de lo que tocara ese día; «el plan es ley» le repetía, en eso consistía todo, tan sencillo y difícil de cumplir en ocasiones.

Habían pasado algunos años desde que abandonó aquella disciplina espartana vigilada, ahora se dedicaba a correr en solitario por el parque por el mero gusto de correr y mantenerse en buena forma; mientras correteaba por el siempre concurrido lateral del paseo oeste del estanque, irónicamente bautizado por algunos cachondos como el «Paseo Marítimo», lo vio venir hacía él bufando cual caballo de carreras; estaba claro que se encontraba en pleno esfuerzo de una serie, en esa situación hay atletas que no reconocerían ni a su padre sí pasara en ese instante por delante.

Apartándose ligeramente hacia un lado para dejarlo pasar libremente, levantó tímidamente una mano para iniciar el primer tiempo de un amistoso saludo que se quedó colgado en el aire, sin respuesta debido a las prisas que llevaba el veloz corredor.

Ignorándolo por completo, el otro prosiguió su vertiginosa carrera como si estuviera en un improvisado hipódromo en vez de en el parque y él fuera el único participante sobre la pista; «no te enfades hombre, no te habrá visto, tampoco sería tan raro con la velocidad sideral que lleva», pensó nuestro protagonista.

Pronto olvidó el desaire recibido de su antiguo míster para proseguir paseo adelante con su cansino trote cochinero en dirección hacia la Rosaleda.

—Seguro que ya estará repleta de flores— pensó para sus adentros, olvidándose del incidente y dispuesto a disfrutar con la contemplación de las primeras rosas.

Al día siguiente volvieron a cruzarse, esta vez corría más lento, como si estuviera calentando, y llevaba las gafas de ver puestas.

—Ahora no le quedará más remedio que saludarte— dedujo inocentemente, pero el míster de nuevo pasó de largo haciendo caso omiso a un nuevo amago de saludo que quedó nuevamente congelado en el aire sin ser correspondido.

—Irá despistado, uno se pone a correr, circula concentrado en sus cosas y se olvida del mundo, en esas condiciones es normal que no te haya visto, en fin, no creo que esté molesto ni enfadado contigo por alguna cosa que le hicieras en el pasado, se consolaba si bien íntimamente se sentía bastante defraudado nuestro despechado corredor.

Pasaron varios días y una buena mañana volvieron a cruzarse sus caminos en el parque, iban uno hacia el otro en trayectoria de choque inminente, pero esta vez no quiso apartarse, que dé la cara si le pasa algo.

—Es él, estoy seguro, y por fuerza tiene que verme, pero de esta vez no pasa, te plantas delante de él dispuesto a todo, lo paras en seco y que sea lo que tenga que ser.

Viendo frenado su impetuoso avance por un desconocido, aquel tipo lo miró con cara rara y a la defensiva como diciendo «¿Pero, qué coño haces, tío? ¡Apártate que chocamos!», así que cuando abrió la boca le soltó

precisamente eso, con las mismas palabras aunque con indisimulada brusquedad y un tono desafiante.

— ¿Pero, qué coño haces, tío? ¡Apártate que chocamos!

Solo entonces se fijó detenidamente en su cara, la verdad es que se parecía bastante a su antiguo entrenador: moreno, alto, enjuto, con el mismo corte de pelo, parecido aspecto, eran como dos gotas de agua, pero no era él; sin saber qué contestarle se apartó para dejarle franco el paso, no sin antes disculparse.

—Disculpa, está claro que te he confundido con otra persona.

Dándose media vuelta, nuestro protagonista se largó con viento fresco en dirección al conjunto escultórico de la plaza dedicada al Ángel Caído; caminaba cabizbajo, frustrado, abatido, pensando que tal vez era él quién debería salir a correr con las gafas de ver.

—Te estás haciendo mayor y no ves un pimiento sin tener las gafas puestas.

Mientras tanto, el desconocido y mosqueado corredor, espejo físico de su apreciado míster, se alejaba rápida y precavidamente de la escena del crimen por el paseo de Cuba en dirección hacia la fuente de la Alcachofa, mirando de vez en cuando hacia atrás para cerciorarse de que había pasado el peligro y sin quitarle el ojo de encima por si acaso.

ENCUENTROS

Como cada día de entrenamiento se puso en marcha, al final de la dura subida le esperaba el histórico parque, pulmón verde del distrito, mudo testigo del molesto pulso de la capital, ajeno al tráfico exterior, impasible e invariable en lo fundamental a lo largo de los siglos, algo pétreo a pesar de su carácter eminentemente vegetal, revestido de otoño, humedal urbano, un lugar idóneo para el esparcimiento por lo que es visitado por numerosas personas llegadas de todos los rincones.

De camino, cruzando la plaza del Niño Jesús, oyó que alguien lo llamaba a gritos por su nombre y volvió la cabeza para localizar al autor de la llamada que se acercaba tirando de un niño en cada mano.

—Por las mañanas los llevo yo mismo al colegio porque siendo autónomo no tengo que pedirle permiso a nadie— se justificó sin que nadie le preguntase qué hacía por allí.

»¿Cómo te va con las plantillas nuevas?

—Pues la verdad es que mal, no las estoy utilizando porque me molestan, además me han separado dos dedos del pie izquierdo y ahora no puedo juntarlos.

—Tranquilo hombre, llámame en una hora y te pasas por la consulta para que las revise.

—Vale, muchas gracias, José Luis, *porque me has cobrado un pastizal y no funcionan* (el final de la frase desde la coma no salió de su boca porque le pareció agresivo, pero se quedó con las ganas).

Tras el fortuito encuentro con el podólogo siguió corriendo hacia la isla verde que florece a pesar de estar más acosada que nunca por los coches, la posibilidad de acoger un aparcamiento subterráneo, el asfalto, las prisas y la basura desparramada por doquier gracias a la desidia municipal y la mala baba de vándalos que nunca aprobarían un examen sencillo de urbanidad.

Sin embargo, en medio de este fenomenal caos urbano, propio de las grandes ciudades, que no saben cómo resolver sus amados próceres, quizá tengan cosas más importantes que hacer como calcular nuevas e importantes subidas del IBI municipal, el parque se mantiene limpio y cuidado con mimo contra viento y marea; adentrarse en él representa un alivio civilizado ante la falta de limpieza que impera en sus alrededores.

La carencia de objetivos atléticos próximos en el tiempo le permitía recorrerlo sin necesidad de darse prisa; además, aunque quisiera, no podría hacerlo por las circunstancias ya que estaba saliendo de la penúltima

lesión y solamente deseaba disfrutar en solitario de su esfuerzo en un entorno que lo permite y facilita; a velocidad de tortuga el parque puede resultar algo monótono si no se pone la debida atención a los detalles, porque siempre ofrece algo nuevo al visitante.

Terminada con miles de simétricas zancadas la rutina depuradora del estrés diario y cuando iba ya de regreso a la calma hogareña, a punto de cruzar de nuevo la plaza, se fijó en una joven señora que venía en su dirección empujando afanosamente un cargado carrito de bebé mientras le sonreía abiertamente mostrando su blanca y perfecta dentadura, merecedora de aparecer en un anuncio de televisión.

A duras penas consiguió enfocarla, maldiciendo para sí la debilidad progresiva de su cristalino, justo a tiempo de reconocer a la portadora de aquellos estupendos dientes como su dentista.

—Qué casualidad, Eva, precisamente iba a llamarte esta semana porque me molesta una muela…

—Anda, no escurras el bulto, toma mi tarjeta de visita y nos vemos mañana a las 1200 en la consulta— me dijo, cortando en seco la disculpa que mentalmente estaba construyendo para disimular y salir del paso; ni siquiera el mismísimo hemeródromo Filípides, griego inmortal, hubiera podido encontrar una digna escapatoria, así que obediente aceptó la cita y se despidieron.

—Tiene gracia la cosa, hoy solo me falta encontrarme con mi sastre—, pensó entre divertido y contrariado

porque cada nueva visita al dentista es para echarse a temblar, no por temer al daño físico, que en sus manos es inexistente, sino por el agujero que puede ocasionar en la economía doméstica de un jubilado prematuro si el problema a resolver fuera serio.

De nuevo se entregó a la carrera desenfrenada y volviendo hacia su casa pensó en considerar en el futuro nuevas rutas de acceso al parque, que estuvieran exentas de encuentros fortuitos no buscados, porque estas casualidades le dejaban luego el bolsillo tiritando.

Quizás una solución sencilla y a su alcance sería salir a correr de noche, cuando según dicen todos los gatos son pardos, o hacerlo encapuchado.

VULCANOLOGÍA

Completada más o menos la mitad de la sesión empezó a sentir los primeros y ardientes síntomas que preceden a las molestias intestinales; habiendo hecho la mili enrolado en la fiel Infantería, pensó con cierta nostalgia que quizá volvía a enardecerlo el viejo ardor guerrero del cuartel; aunque, bien pensado, la voz no le vibraba como exige la épica militar de la canción y en lugar de tener de amor patrio henchido el corazón, simplemente sentía su estómago ardiendo bajo los efectos de un fuego interior.

Así pues, el origen y foco del problema parecía estar en otra parte de su cuerpo, por lo que siguió corriendo otro buen rato procurando, sin conseguirlo plenamente, disfrutar del relajante entorno otoñal del parque aunque sin poder apagar las llamas incandescentes que lo abrasaban por dentro; de repente, creyó entender la probable causa del incendio interior.

Siendo de natural apasionado y al cruzarse en su trayecto corredor con un par de dignas representantes del

sexo opuesto (que no contrario), por las que sintió inmediata y pasajera admiración, debido a que corrían demasiado rápido para él y enseguida dejó de verlas; notó súbitamente lo que le pareció la salvaje llamarada del amor y razonó que la quemazón interna quizá se debiera a un repentino deseo carnal descontrolado, unidos al fragor físico del esfuerzo, al frío ambiental, al movimiento acompasado de sus caderas, a las…

Pero tan pasional razonamiento, construido sobre la marcha sin mayor argumento, era difícil de mantener durante mucho tiempo, sabía por experiencia propia que en cuanto bajase de cinco minutos y medio el kilómetro, su roja sangre cero positiva abandonaría su cerebro de chorlito para dirigirse a borbotones en dirección a las piernas, mucho más necesitadas de riego vascular, sin detenerse por el camino para abastecer, siquiera por un momento, ningún vaso sanguíneo intermedio por travieso que este fuera.

Una vez descartado de su cabeza el motivo de índole sexual, decidió no preocuparse y seguir corriendo otro buen rato procurando, sin conseguirlo plenamente, disfrutar del entorno otoñal del parque aunque sin poder apagar las llamas incandescentes que lo abrasaban por dentro, hasta que de repente volvió a tenerlo claro.

Imaginó, su imaginación siempre estaba a años luz de distancia de la lógica más elemental, que el mismísimo volcán Cumbre Vieja de la isla de La Palma expulsaba caudalosos ríos de lava hirviendo por sus adentros, ascendiendo el magma ígneo desde la flexura es-

plénica de su hipocondrio —uno de sus puntos flacos, de nuevo la imaginación haciendo de las suyas porque el corpachón de este hombre no tiene nada que pueda considerarse flaco—, hasta el esófago a la altura de la faringe, causándole quemaduras de primer grado por todo el recorrido intermedio.

Convencido al fin de que de esta no saldría con bien advirtió, no sin sentir un gran alivio, la cercanía de una fuente de aguas claras —a su derecha según iba— y en ella apagó sin compasión el ardor infinito del volcán subcutáneo en que a estas alturas de la historia se había convertido su aparato digestivo.

Debido al calor del magma generado, por momentos su cabeza le había parecido una jarra de las que se utilizan en los pubs étnicos para servir un cóctel hawaiano, de esas que en vez de una frase más o menos ingeniosa y en inglés, tienen esculpida la cara de un barbudo nativo original de las islas polinésicas, echando humo incluso por sus adornadas orejas, los ojos destellando intermitentes luces rojas, sacando desafiante la lengua al cliente que sostiene el recipiente de la bebida...

Gracias al gratuito refresco acuático municipal pudo reanudar la marcha y seguir corriendo otro buen rato, si bien esta vez lo haría más despacio si cabe, algo que por supuesto siempre cabe, no fuera que la velocidad de marcha le estuviera causando alguna fricción visceral insospechada emitiendo chispas por dentro; de ese modo y al trote cochinero consiguió terminar indemne la

candente sesión del día sin necesidad de tener que llamar urgentemente a los bomberos.

Al llegar a su casa, puede que para reconfortarse del mal trago pasado, recordó el exageradamente nutritivo cocido madrileño del día anterior, con su sopa, sus garbanzos, su carne, su chorizo, su morcilla de arroz, su tocino entreverado y sus verduras; justo entonces se le encendió la bombilla de las ideas y por fin creyó encontrarle sentido a la conocida frase «¿Qué tendrá que ver la velocidad con el tocino?».

Un vaso de agua templada con abundante bicarbonato de sodio diluido terminó por apagar definitivamente el, por momentos, insoportable rescoldo de su calorífica hoguera interna.

No en vano el bicarbonato es un componente fundamental de los polvos extintores de incendios.

UN PASEO BOTÁNICO

—Me la tienen jurada —pensó el desafortunado protagonista de este extraño relato mientras se rascaba nerviosa y compulsivamente con una mano la cabeza.

Como últimamente se estaba encontrando con gente conocida con la que no le convenía encontrarse, decidió cambiar la estrategia corredora por el parque empezando por variar el sentido de circulación.

Entró al histórico parque tomando todo tipo de precauciones, por lo que esconderse tras una joven acacia de tres espinas, desde la que poder observar el panorama con tranquilidad sin ser visto antes de continuar corriendo, le pareció una táctica excelente para otear el horizonte, pero el delgado tronco y el escaso porte de la lozana leguminosa apenas alcanzaba a tapar su en otra época apolínea figura, dando la equívoca sensación de estar meando contra el tronco, acto mingitorio que de inmediato llamó la atención de una pareja de ancianos que por allí paseaban con sus achaques a cuestas.

—¡Guarro, impúdico, cerdo, no se debe orinar en la vía pública! Vamos a llamar ahora mismo a la Guardia Civil y te vas a enterar.

Abandonando toda prudencia, por considerarla innecesaria en tales circunstancias, salió corriendo de allí huyendo despavorido; cuando quiso darse cuenta había chocado con un grupo de niños pequeños que alegres jugaban a la pelota en su línea de fuga, derribando a cuatro o cinco de aquellos mocosos como si fueran bolos montañeses; no tuvo tiempo de disculparse porque algunos padres no entendieron como fortuita la acción y se dirigieron contra él con intenciones aparentemente agresivas a juzgar por sus gestos y gritos.

—¡Herodes, mata niños, cabrón, cuando te cojamos te vas a enterar!

Acosado por ellos se dirigió velozmente hacia la cercana Rosaleda, hermosa pero todavía carente de rosas a causa del frío reinante, y gracias al plus de energía y velocidad que le proporcionaban el subidón de adrenalina y el entrenamiento regular —algo había leído sobre esto al doctor Garabitas, pero con las prisas no recordaba el artículo, además ahora lo que le urgía por encima de cualquier otra consideración científica era dejar atrás al alterado sindicato de padres cabreados— pronto dejó de oír los enardecidos insultos subidos de tono que desde la distancia le seguían dedicando a él y a su inocente madre, que no tenía vela en este entierro, los iracundos y honrados padres de familia perseguidores.

Aparentemente había pasado lo peor del peligro, por lo que, manteniendo su estado de alerta en el máximo nivel, se detuvo un momento para recomponer la figura, respirar aliviado y recuperar el resuello.

Angustiado por la posibilidad de tener nuevos y temidos encuentros con gente violenta y desconocida a la que no le apetecía nada enfrentarse, la zona aledaña del paseo de Cuba es propicia a ellos porque forma parte de todos los circuitos conocidos, decidió adentrarse por los jardines de su izquierda, en lo que sin duda constituyó otra errónea decisión por su parte porque esa zona es famosa por ser proclive al alivio homosexual de pago por la vía de urgencia.

Mal escondido tras un palmito gigante, enseguida fue objeto de la ira y mala leche de los precarios trabajadores en negro del sexo y de su distinguida clientela, unidos todos en la férrea defensa de su área privativa de esparcimiento frente a curiosos e intrusos.

—Chicos, venid rápido que tenemos un mirón— escuchó espantado antes de salir de najas acosado por una turba sedienta de justicia bíblica, sin apenas tiempo para pensar una salida digna del problema.

—Hay que joderse con el palmito, de gigante tenía más bien poco.

Salir apresuradamente de la húmeda zona rosa del parque consiguió frenar en seco la animadversión de la jauría de bujarrones y sus frustrados usuarios; fuera de ella todos perdían oportunidades de negocio, sin poder

mantener los fugaces momentos de placer prohibido que tuvieran planificados; una vez espantado el voyeur, las aguas podrían volver a su cauce, aunque se mantendrían en estado de excepción por si volviera el fisgón a hacer de las suyas.

En su apresurada huida pasó junto al monumento al Ángel Caído en dirección a la cuesta de Moyano; al pasar por delante observó con una rápida mirada como el pobre diablo tenía una serpiente enorme enroscada entre sus piernas, esperando el momento de hincarle los colmillos donde pudiera para después sorber la sangre de la herida con su lengua bífida; le dirigió una segunda mirada, esta vez de comprensión y camaradería.

—En todas las épocas ha habido persecuciones y se han cometido injusticias, Angelito; contigo al menos han tenido el detalle de dedicarte una estatua y para darte gusto completo la han colocado a 666 metros de altitud, pero a mí ya ves, como me pillen esos…

Por el camino encontró fugaz y literario cobijo bajo un almendro que todavía no estaba en flor, le pasaba con el frío lo mismo que a las rosas, afortunadamente bajo su copa no había ni rastro de Eloísa.

—Aquí no me escondo yo ni loco, no sea que llegue Edgardo, me pregunte con malos modos qué hago rondando a su amada y la tengamos, así que casi mejor me apostaré tras aquel viejo roble de los pantanos a descansar unos minutos, porque de tanto huir estoy empapado en sudores varios.

Con el agua por las rodillas y la moral por los suelos maldijo su pantanosa elección, apenas tuvo tiempo de ver como en dirección hacia el roble llegaban renqueantes los dos ancianos y algunos padres todavía exaltados, seguidos todos de cerca por una pareja de la Guardia Civil tricornio en mano; tras ellos, un par de bujarrones haciéndole ojitos a la pareja y tres o cuatro jardineros, que normalmente estarían sin hacer nada pero se ve que hoy tenían ganas de juerga, siempre pensé que eran estatuas del parque… y todos ellos vociferando.

—¡Es ese, es ese, vamos rápido, rodeadlo antes de que se nos escape!

—¡Pies para que os quiero! —olvidándose del debido decoro y recordando a su buen amigo Pedro que a veces la pone en práctica, aplicó la infalible técnica conocida como la «caniceración» que consiste en salir zumbando a toda pastilla, intentando someter con una improvisada velocidad punta al aguerrido grupo perseguidor; enfilando su rumbo en dirección al jardín francés, en menos de cien metros más o menos lisos dejó muy atrás a la pléyade de justicieros vengadores.

A lo lejos distinguió el ahuehuete mexicano, el árbol más longevo del parque, en el que las tropas napoleónicas apoyaron sus cañones durante la Guerra de la Independencia, decidiendo resguardarse en sus cercanías; creyéndose amparado por la gigantesca envergadura arbórea, lo admiraba con un repentino y fingido interés botánico —a la vez que entornaba mucho los ojos hasta hacerlos parecer dos cuchilladas en la cara para hacerse

pasar por un turista asiático de los que cada día nos visitan más— en un oriental y desesperado intento por despistar a sus infatigables persecutores.

Manteniéndose en todo momento ojo avizor por si acaso, recordemos que la zona es propicia al encuentro con conocidos con los que no le apetecía encontrarse, extremó todavía más si cabe las precauciones, pero empezaba a dar las primeras muestras de fatiga.

Desde ese punto fue saltando, como había visto hacer a las ágiles y temerosas ardillas con que el ayuntamiento había repoblado el parque antes de que fueran completamente exterminadas del mismo por los perros, de árbol en árbol; nadie por aquí, nadie por allá, justo en ese tramo se había encontrado no hace tanto con una pareja de amigos corredores que, sin pretenderlo, lo forzaron a subir a toda máquina los cuatrocientos metros cuesta arriba de la calle Alcalá, con lo poco que le gustan las prisas y las pendientes demasiado inclinadas por la hipoxia consecuente.

Desde un álamo blanco pasó a un roble, de éste a un olmo añoso y del anciano olmo a un frondoso boj, pero justo cuando iba a saltar tras una robinia, que en el fondo es una falsa acacia, lo alarmó una nueva batería de gritos desaforados; su cuando menos sospechosa conducta había llamado poderosamente la atención de unos corredores que pasaban por allí y lo confundieron con un sátiro que estuviera acechando a jóvenes y no tan jóvenes muchachas en flor que por allí pasaran y qui-

sieron darle una lección de educación ciudadana que nunca podría olvidar.

Dándose, para su fortuna, cuenta a tiempo del peligro que corría, emprendió vertiginosa espantada hacia la terrible cuesta de la inmortal calle de la falda *almidoná* y los nardos *apoyaos* en la cadera.

En ese momento, volvió a encontrarse con Pedro Disoluto, el barbudo de las gafas cósmicas, y con su chica, cuyo nombre recuerda al vapor que con la frialdad de la noche se condensa en la atmósfera en muy menudas gotas, las cuales aparecen luego sobre la superficie de la tierra o sobre las plantas, y con una veloz, resistente y conocida montañera llamada Charo, con la que algunas veces coincidía en el parque.

Conociendo su atávica aprensión a las pendientes desmesuradas, le propusieron subir juntos a paso tortuga la cuesta, pero él, aterrado por los que venían detrás pisándole los talones, les dijo:

—Tranquilos, hoy he venido con ganas.

Sin apenas tiempo para pensar reanudó la carrera; por el camino, seguido a duras penas por el trío de boquiabiertos corredores que no daban crédito a su repentina transformación atlética, aprovechó para darles detalles botánicos del entorno en los que quizás ellos nunca se habían fijado antes, movidos por las prisas y la terrible inclinación del terreno.

—Eso es una morera de papel, aquello un tilo europeo, un ciprés, un árbol de farolillos, un pino piñonero, otro castaño de Indias, una catalpa, un eucalipto rojo...

Se miraban entre ellos sorprendidos y sin alcanzar a comprender tan repentino afán agrónomo, razonando que su extraña conducta no podrían achacarla al cansancio porque la potencia de su zancada no parecía remitir, incluso se acrecentaba a cada paso.

—Aquí está pasando algo raro, ¿no os parece?, es que nunca lo hemos visto así de fuerte.

Al final de la cuesta llegaron junto a un ailanto donde, olvidándose de unas supuestas limitaciones físicas que quizá solo tenga en su cabeza, y ante la proximidad del grupo cazador que seguían erre que erre detrás suyo, decidió aumentar considerablemente su novedosa punta de velocidad, alejándose supersónicamente por el largo paseo de Fernán Núñez hacia el semiderruido castillito meteorológico, sin tiempo para admirar los álamos negros, los espléndidos magnolios del paseo, ni los eternos plátanos de sombra que tanto le gustaban y llamaban su atención en momentos menos tensos y difíciles que estos.

Sus cada vez más sorprendidos amigos corredores contemplaban incrédulos la escena parados a la sombra del ailanto, sin saber a qué carta quedarse y comentando entre jadeos entre ellos.

—Desde luego, podemos afirmar que los entrenamientos le han hecho efecto, la próxima vez tendremos

que preguntarle el método que ha seguido porque parecen estar dándole un resultado increíble.

Mientras cavilaban llegó hasta ellos la multitudinaria avanzadilla de cazadores, ávidos de capturar viva o muerta a su escurridiza presa.

—¿Habéis visto pasar por aquí a un ser depravado que huía velozmente en zapatillas?

Al poco, una sudorosa y alterada cual gallinero multitud se arremolinaba junto a la bellamente decorada puerta de Madrid, preguntándose unos a otros donde podría haberse escondido el indeseable velocista en su precipitada fuga.

—¡Corría como alma que lleva al diablo!

Pero no todos estaban parados, la pareja de la Guardia Civil seguía corriendo incansable porque los dos insistentes homosexuales estaban a punto de darles alcance, por lo cual se vieron obligados a abandonar la persecución saliendo a escape del parque; se calaron bien hondo sus acharolados tricornios, se ajustaron los barboquejos para no perderlos por el camino y tomaron las de Villadiego en dirección a su sede de Príncipe de Vergara, probablemente en busca de ayuda y refuerzos, intentando dejar atrás a los persistentes sodomitas antes de que les pidieran el número de teléfono.

Ocultándose tras un arce plateado en los cercanos jardines de Cecilio Rodríguez, cuyas blancas hojas hacían juego con el pelo que recubría sus palpitantes sie-

nes, recuperando dificultosamente la respiración y parcialmente repuesto de su indomable espíritu combativo, doblado sobre sí mismo y apoyando todo el peso de sus brazos sobre las rodillas, nuestro perseguido corredor, cansado, sudoroso, entre jadeos y resoplidos de búfalo herido, maldecía su mala fortuna mientras sonreía satisfecho a pesar del esfuerzo y del miedo que acababa de pasar.

Intentaba recordar cuando había sido la última vez que hizo el kilómetro lanzado en un tiempo tan bueno.

—¡Joder, a 4:30, casi no me lo creo!

LA VIAGRITA

***Nota**: Este microrrelato no ocurrió realmente en el entorno del parque porque hoy por hoy no tiene aeropuerto, solo le faltaba eso al pobre, pero como la imaginación lo puede todo, situaremos imaginariamente la acción en el embarcadero del estanque aguardando el turno de una barca de remo con la que surcarlo.*

Voy de mal en peor, de no salir a correr por el frío glacial que hace, a no salir a correr por un trancazo de órdago que he pillado nada más llegar a Barajas procedente del extranjero, así no hay quien levante cabeza.

Hablando de levantamientos, estando en la escala del aeropuerto de Nueva York esperando la repatriación peninsular, se sentó a mi lado una bruja, quisiera poder decir una señora mayor, pero sin duda era una bruja en tránsito aéreo por tener su escoba en el taller, que sin más preámbulos empezó a conversar —más exacto sería decir a soltarme un monólogo— conmigo, aprove-

chando que mi mujer se había ausentado un momento de la sala de espera para ir al baño.

Me miró directamente a los ojos, como haciéndome un escáner de cuerpo entero, antes de decirme:

—A los de tu edad lo que mejor os viene es una *viagrita* —¿Qué narices habrá querido decir esta señora con los de mi edad?

—¿Una *viagrita*, y eso qué es, una pastilla triangular, pequeñita y de color azul con su carga de tadalafilo? —respondí extrañado al darme cuenta de que se dirigía a mí, aclarándome seguidamente la susodicha nigromántica, sonriendo irónicamente de medio lado.

—Una *viagrita* es una jovensita con todo en su sitio. Eso funsiona de verdal, mi *amol*— me aclaró con un marcado acento cubano.

No contenta del todo con su primer ataque a mi línea de flotación, me lanzó una segunda andanada para terminar de minar mi anticuada armadura de precario *latin lover* en retirada.

—Y si la *viagrita* te diera reparo, prueba a implantarte una bombita— esta vez la entendí a la primera, no sé por qué porque nunca había oído hablar de bombitas, si acaso de bombones, ¡menuda bruja me ha tocado!

¿Será hideputa la tía? Me ve allí sentado, esperando tranquilo a que anuncien la salida inminente de nuestro vuelo mientras pienso en las musarañas y en menos de cinco segundos me psicoanaliza de arriba abajo, debe

ser que ya no desprendo el glamur de galán de cine de barrio que alguna vez tuve en el pasado.

—Pues no, señora (bruja, hechicera, lechuza, sibila, maga, adivina, pérfida, malvada, arpía, bicho, víbora), evidentemente no pronuncié ninguna de esas palabras en voz alta por miedo a que me lanzase un conjuro maligno, ni viagritas, ni bombitas, ni jovensitas con todo en su sitio, no ve usted lo bien que me conservo gracias al deporte a pesar de mi edad.

Menos mal que tan a tiempo volvió mi mujer, la miró con esos ojos taladrantes con los que fulmina a sus congéneres en ciertas situaciones y entonces, sin tan siquiera pestañear, la muy cabrona de la bruja —ahora puedo decirlo porque no me oye, al menos eso espero— se levantó para darse a la fuga, cambiando rápidamente de asiento en busca de nuevas víctimas propiciatorias.

—¿Es que no se te va a poder dejar solo ni un momento sin que te líes con la primera pelandusca que pase por delante? —me soltó mi querida costilla sin contemplaciones ni concederme el derecho de réplica.

»Mira que te tengo dicho que hay mucha buscona suelta por el mundo, a la caza y captura de panolis despistados como tú, no escarmientas —volvió con fuerza a la carga sin darme un segundo de respiro, dejándome sin palabras para que tuviera meridianamente claro su pensamiento y por si no me había hundido en la miseria suficientemente con la primera pregunta.

Abrumado por las circunstancias me callé y no dije ni pío porque además no sabía que decir, lo mismo empeoraba más las cosas si abría la boca; estaba en completo shock psicológico, aunque para los adentros argumentaba en mi defensa:

—No, si todavía tendré yo culpa de lo que acaba de pasar.

No sé qué vería en mí la inesperada consejera sexual aeroportuaria, pero en algún momento de descuido debió echarme algún conjuro gafe porque desde entonces no levanto cabeza, mejor será que lo dejemos aquí y no hablemos de levantamientos.

FAMA

***Nota**: Este relato tampoco sucede, al menos por entero, en el parque; la propia temática abordada lo impide por necesitar de escenarios específicos que no son propios de un parque por muy histórico que sea y por algo que revelaré al final y que dará cierto sentido al resto.*

La fama de Pérez siempre lo precede, no sabría decir si eso es bueno o malo para él o para cualquiera que se encuentre con su fama, pero lo cierto es que lo precede.

Antes de llegar a cualquier sitio, todo el mundo sabe que Pérez está a punto de llegar; como no creo probable que todo el mundo tenga habilidades adivinatorias, como por ejemplo la desalmada bruja del relato anterior, estoy por asegurar, sin temor a equivocarme, que la fama de Pérez sin duda siempre lo precede.

En este momento Pérez está a punto de llegar a su oficina, sus compañeros lo saben porque lleva años lle-

gando a la misma hora al trabajo, de ahí que tenga fama de puntual y que esta también lo preceda.

Antes de que lo toque todos saben que va a sonar el timbre de la puerta; a falta de una capacidad sobrenatural que le permita atravesar paredes o puertas cerradas, Pérez tiene la sana costumbre de llamar al timbre para avisar que ha llegado y, sobre todo, para pedir que le abran la puerta porque quiere entrar, sin darse cuenta de que su fama —de nuevo— ha llegado antes que él a base de timbrazos y es un gesto innecesario.

Con la fama de cenizo que tiene, nadie levanta la vista ni para darle los buenos días; es preferible mirar para otro lado que arriesgarse a encontrarse con la fama de Pérez o con él frente a frente a tan temprana hora.

A las diez en punto le gusta salir a tomar café; su fama normalmente sale a la calle un par de minutos antes que él, entra en el bar de siempre y busca su asiento favorito no sea que esté ocupado; de estarlo, su fama incita al provisional ocupante a irse con la música a otra parte, si hace falta porque se resista es perfectamente capaz de meterle un dedo por el ojo.

El camarero no le pregunta lo que quiere tomar porque su fama se lo ha hecho saber un par de minutos antes de que llegue, «ponle un café solo, con dos terrones de azúcar y una galleta de lo que sea y sírvelo rápido porque tiene prisa».

Conociendo la mala fama que lo precede, no es de extrañar que Pérez siempre desayune solo, «mejor desa-

yunar solo que mal acompañado» suelen comentar entre ellos dos, sin importarles demasiado que los pueda escuchar el vecino de al lado.

El vecino de al lado no conoce de nada a Pérez, pero ha oído hablar muy mal de su fama al camarero, el cual aprovecha cualquier ocasión propicia para aumentarla y propagarla entre la clientela en lo que de él dependa.

Sabedor de su mala fama, el vecino del otro lado no pierde el tiempo en intentar conocer a Pérez y por eso mantiene la mirada fija y perdida en otras cosas que le interesan más que Pérez y su fama, por ejemplo en la cafetera que tiene enfrente o en la lista de precios.

Las cosas dónde tenga perdida su mirada se la traen al fresco a la fama de Pérez, ella solo se interesa por las cosas de Pérez y puede que por eso haya echado cierta fama de egoísta.

A echarse fama injusta de algo normalmente lo llaman sambenito y a los sambenitos, como a la adelantada fama de Pérez, les gusta ir por libre, siempre por delante de uno mismo y de los demás; sin embargo, la fama de Pérez no es un sambenito injusto, se lo ha ganado a pulso.

Aunque a la fama de Pérez le gustaría mucho echarse una siesta corta después de comer, no puede hacerlo porque tiene que mantener intacta su fama de trabajador infatigable ante los escrutadores ojos de sus compañeros de oficina; cuando algún día no puede controlar el sueño, cierra la puerta y luego los ojos, en ese mismo

orden, dejando plena libertad para que pongan a caldo a su fama durante un cuarto de hora como mucho.

Porque buena parte de su mala fama se la debe Pérez a los demás, si no fuera por ellos no lo precedería y no estaríamos hablando sin parar de ella; claro que, para mantenerla en su pedestal, debe guardar las apariencias a base de aparentar ser lo que no es, lo que al final también le ha dado fama de falso.

La falsedad, es decir tener que mantener las apariencias y no poder echarse ni siquiera una cabezadita como haría cualquier hijo de vecino, tiene a Pérez bastante molesto con su fama, pero no puede quitársela de encima tan fácilmente porque forma parte de él tanto como su ego, la culpa podría ser de su sambenito.

Por eso, en el fondo, no le importa demasiado el hecho de que vaya siempre por delante de él; mantener cierto grado de independencia respecto de su fama le permite ir pensando en sus cosas que son las que realmente le importan.

Hay veces que a Pérez su fama lo saca de quicio; eso lo pone muy nervioso y se enfadan y tienen unas discusiones tremendas, por supuesto procurando que nadie se entere de lo que se dicen para que no se resienta su fama, ni lo que pueda ir quedando de ella.

Es consciente de que debería controlar mejor su mal genio y ansiedad, pero —como dice el refrán— labrarte una fama y echarte a dormir es todo uno, pero Pérez no se lo puede permitir salvo que cierre primero la puerta y

luego los ojos por el qué dirán; además si tienes labrada una fama, de lo que sea, tienes que hacer honor a ella a todas horas, aunque a veces canse y sea un incordio.

Por las tardes suelen dar un paseo juntos por el parque del Retiro para relajarse del estrés diario, pero su fama se lo impide y van todo el camino enfurruñados como críos con lo que, a cada paso que dan, su mala fama crece y crece sin parar a los ojos de cualquiera que se cruce en su camino y se fije de soslayo en ellos.

También tiene fama de cenar poco, pero esta fama parece claramente otro sambenito porque cenar, lo que se dice cenar, cena lo que le apetece y sin hacer mucho caso de su fama, si tiene hambre come lo que haya y punto; hasta ahí podríamos llegar, razona Pérez para justificarse y seguir cenando sin remordimientos.

Antes de irse a dormir reflexionan juntos unos minutos sobre ellos y su relación de amor-odio sin conseguir ponerse de acuerdo en posibles soluciones, haciendo honor a su bien ganada fama de tozudos y cabezotas.

Dándose la espalda enseguida se duermen sin darse ni tan siquiera las buenas noches; su pobre fama acaba todos los días agotada de tener que ir siempre por delante de Pérez anunciando su llegada, con lo que eso cansa, y este acaba harto de que su fama lo preceda a todas partes, incluso a la hora de dormir.

Mañana están citados con un conocido psicólogo que tiene bien ganada fama de saber solucionar estos com-

portamientos anómalos, «mal asunto —piensa Pérez— si su fama también lo precede».

El lector se habrá preguntado qué tendrán que ver Pérez y su mala fama con el pentágono, pero esto de escribir historias no es ninguna ciencia exacta, en cualquier momento puede surgir la chispa creativa y hay que estar al loro, el autor quiere mantener su fama.

La idea de este relato me sobrevino un día en que me encontré de frente por el parque con Boris Izaguirre —conocido *showman* televisivo venezolano cuya fama siempre lo precede por dónde quiera que vaya— que también iba corriendo junto con otra persona; se produjo un fugaz cruce de miradas, curiosa y desinteresada la mía, observadora y quizás algo temerosa la suya; a lo mejor pensó que le pediría un autógrafo por ser un personaje famoso, tras lo cual concluí que la fama excesiva debe ser más un inconveniente que una ventaja.

Antes y después me he cruzado por el parque con varios famosos como Emilio Butragueño el exfutbolista, Ángel Gabilondo el político, Pablo Villalobos el atleta, mi amigo José «Ardilla» que corre que es una maravilla, con Santi Palillo, bloguero cuya fama lo persigue a todas horas de forma implacable y más que no cito; siempre evito mirarlos directamente a la cara para no asustarlos y, haciéndome el distraído, enfilo raudo mis pasos hacia cualquier otra parte del parque porque no quisiera chocar con la fama de nadie.

SI LAS PIEDRAS HABLASEN

Es una fantasía pétrea que a veces me viene a la cabeza cuando voy recorriendo los paseos del parque, mira tú que si las piedras hablasen…

No me refiero a las piedras mondas y lirondas, ni a otros materiales semejantes, sino a las que arquitectos y escultores han dado forma y convertido, a base de arte y cincel, en Alfonso XII, los hermanos Álvarez Quintero, Benito Pérez Galdós, el maestro Chapí, Hércules, Ramón y Cajal, Jacinto Benavente, Mingote, Jacinto Verdaguer, los reyes godos, generales, gaviotas, leones, sirenas, ángeles caídos, periodistas, animales mitológicos y tantos otros seres inanimados que adornan y embellecen sus numerosos paseos y fuentes.

El conjunto dedicado a los hermanos Álvarez Quintero, Serafín y Joaquín, ofrece al sorprendido visitante dos elementos principales, la balconada donde se apoya una moza andaluza y frente a ella su pretendiente montado sobre negro alazán que la saluda sombrero en mano, si hablasen nos contarían su amor petrificado.

Fuimos... entre espigas y olivares:
el uno esperó al otro en la lactancia,
y en el primer pinito de la infancia
ya escribimos comedias y cantares.

Después... libros, y novias y billares
(¡memorias que ilumina la distancia!)
luego... una juventud cuya fragancia
envenenan agobios y pesares.

Fuimos... cuanto hay que ser:
covachuelistas,
estudiantes, diablillos, editores,
críticos, pintamonos, retratistas...

Y hoy, como ayer, sencillos escritores
que siguen, a la luz de sus conquistas,
sembrando sueños porque nazcan flores.

Qué decir del monumento a Alfonso XII, llamado el Pacificador, de padre desconocido porque su madre la casquivana reina Isabel II era de armas tomar, quien desde los treinta metros de altura de la torre que lo sostiene permanece triste, oteando el horizonte, preguntándose el pobre desde hace siglo y medio dónde estará su querida prima hermana María de las Mercedes, al menos eso decía la canción. Nos contaría cuanto la quería, que la pobre murió de tifus o tuberculosis a los pocos meses de casarse, y tuvo que volver a casarse enseguida porque tenía que dejarnos un heredero de la corona, pero no porque le apeteciese; y lo joven que también se murió él mismo, con apenas veintisiete años de edad, de la misma enfermedad que su prima,

Junto al monumento a Ruperto Chapí, si uno está atento, creerá escuchar la música de la conocida zarzuela La revoltosa, «al pie de tu ventana vengo a cantarte, no arrugues el hocico que ayer fue martes, olé los hombres sacando consecuencias olé con ole» o el preludio de El tambor de granaderos, zarzuela que recrea el día anterior a la huida de España del rey José I «Pepe Botella» y la historia de amor entre Gaspar, condenado a muerte por ser fiel a los Borbones, y Luz, su amada, huérfana a cargo de un tutor que quiere apoderarse de su fortuna, por lo cual la quiere meter a monja.

Casi al lado nos encontraremos con el monumento a Cuba, con sus bronceadas iguanas y galápagos montando guardia al pie de la imagen de una figura femenina que representa a la República cubana, junto a ella Isabel la Católica y don Cristóbal Colón; esta fuente merece sin duda una visita de cortesía.

No demasiado lejos de allí, montado a caballo y ambos sobre un sobrio pedestal flanqueado por las fechas de sus gestas, se sitúa el general Martínez Campos que lo mismo un día restauraba la monarquía borbónica, al siguiente acababa con otra guerra carlista, como firmaba en Cuba la paz de Zanjón.

Sin duda la que más me atrae es la dedicada al diablo o Ángel Caído, obra de Ricardo Bellver; situada a 666 metros sobre el nivel del mar, el número de la bestia; dicen que sobre este monumento la fundidora francesa «Thiebaut fils», grabó tres seises escondidos en la superficie de la escultura que son muy difíciles de encon-

trar. Yo no lo he conseguido todavía y mira que la he buscado afanosamente sin hallar la grabación.

También el monumento de Victorio Macho dedicado a Benito Pérez Galdós, que no refleja sino en parte el pésimo estado con que llegó al final de sus días, pobre, inválido y ciego; así acabó uno de nuestros mejores escritores, al menos en este parque se le recuerda.

Del mismo escultor son los monumentos a Santiago Ramón y Cajal, flanqueado por dos relieves cuadrangulares que representan a las fuentes de la Vida y de la Muerte, y el dedicado a Jacinto Benavente y al teatro, presidiendo el Parterre o jardín francés.

Hay otras estatuas y conjuntos escultóricos menos conocidos, como la dedicada al inventor de la taquigrafía española y de la pluma estilográfica (el setabense Francisco de Paula Martí) junto a Florida Park, que nos recuerda:

CURRANT VERBA LICET MANUS EST VELOCIOR ILLIS. MONDUM LINGUA SUUM DEXTRA PEREGIT OPUS

Corran cuanto se quiera las palabras, la mano corre todavía más. Aún la lengua no ha concluido la obra, cuando la diestra ya ha concluido la suya.

O la del creador del lenguaje de signos de los sordomudos (el monje benedictino fray Pedro Ponce de León), hace la friolera de quinientos años; y las trece estatuas de reyes godos que adornan el paseo de la República Argentina, cuya lista completa nos obligaban a aprender de memoria en el colegio «Ataulfo, Sigerico,

Walia, Teodoredo, Sisebuto, Recaredo, Leovigildo, Wamba, Witiza y don Rodrigo» entre ellos hay una de doña Urraca (esposa de Alfonso I el Batallador) que la pobre no pinta mucho allí rodeada de tanto visigodo, a lo mejor por eso la apodaron «la Temeraria».

También tienen sus estatuas de recuerdo el humorista Antonio Mingote, el poeta don Ramón de Campoamor, Ricardo Codorniú «el profeta del árbol», el periodista Manuel Moya recordado por sus compañeros y amigos, Dante Alighieri y su Divina comedia, el duende del Retiro en la antigua Casa de Fieras, don Enrique Tierno Galván, recordado por el gremio de libreros o mosén Jacinto Verdaguer en la plaza de la Sardana; recientemente exiliaron del parque a Pío Baroja aunque no se marchase muy lejos, a la cuesta de Moyano que probablemente sería más de su agrado, el doctor Cortezo y el niño huérfano brutalmente capado por unos vándalos, Hércules y las diosas Hera y Diana cazadora, Hércules y la hidra, la Venus yacente, extrañamente llamada «el Madrid capital», representada por una figura femenina desnuda con la cabeza recostada en su brazo doblado o los osos y leones pétreos de la Casa de Fieras.

También tienen placa varios generales como el hondureño Francisco Morazán y otros que ahora no recuerdo, pero prometo una recopilación.

Por no hablar de edificios, como las ruinas de la ermita abulense de San Pelayo y San Isidoro, trasladada piedra a piedra hasta el parque y allí reconstruida, el limítrofe Real Observatorio Astronómico, el espléndido

Palacio de Velázquez, el inigualable Palacio de Cristal y lo que se mantiene en pie del antiguo Instituto Meteorológico y Geográfico Estadístico, el castillito, hoy convertido en la Agencia Española de Meteorología del que llevan años anunciando su reconstrucción.

El Palacio de Cristal no es —rigurosamente hablando— un palacio, sino una estructura de metal recubierta de planchas de cristal, una hermosura arquitectónica en todo caso que generó este comentario en el diario El Globo el año de su inauguración (1887):

«*Es el Palacio de Cristal como una catedral de vidrio, de clásicas proporciones, sobre una colina de césped. Sus paredes y muros son inmensas y transparentes vidrieras sostenidas por jónicas columnas de hierro.*

Su majestuosa portada, de gusto clásico y estilo griego, cae sobre una terraza circundada por elegante balaustre, y mira al lago, que se extiende a sus pies como un espejo donde han de mirarse los esbeltos troncos, las verdes frondas y las pintadas corolas que aguarda el Palacio».

Preciosos jardines afrancesados como el Parterre, donde reina el mexicano Ahuehuete defendido por su guardia de cipreses moldeados: desde allí, el día 12 de agosto de 1792, el capitán Vicente Lunardi, a bordo de un globo aerostático, se elevó sobre el cielo de Madrid; la Rosaleda con sus cuatro mil rosales; el Huerto del francés y sus trescientos almendros que florecen al unísono en primavera como si estuvieran en el valle del Jerte; los jardines de Cecilio Rodríguez con llamativos pavos reales campando a su libre albedrío y desplegando en abanico su rico plumaje a todo aquel que se acer-

que; o el más reciente Bosque del Recuerdo, en sentida memoria por las víctimas asesinadas en el atentado terrorista de 2004, el del 11-M que tanta muerte y dolor trajo a Madrid.

Fuentes famosas como la de la Alcachofa en la plaza de Honduras que tiene una hermana gemela en la Glorieta de Carlos V (Atocha) y la de los Galápagos o de Isabel II en la glorieta de Nicaragua, desde la cual puede observarse la Puerta de Alcalá.

Y también fuentes menos conocidas como la de las Ninfas, en la puerta de Hernani, justo frente a la iglesia de San Manuel y San Benito de estilo bizantino; la Ochavada o de las Campanillas, cerca del Parterre, que sonaban melódicamente mecidas por el viento procurando un mejor descanso de la siesta a Sus Majestades.

Los llamados caprichos, como la Casita del Pescador, la Montaña Artificial o Rusa del Gato, la Casa de Vacas, sede de exposiciones, el Florida Park —antigua Casa del Contrabandista— hoy reconvertida en bar restaurante, y la no menos conocida Casa de Fieras.

Sobre las antiguas instalaciones del viejo zoológico, construidas por orden de Fernando VII, se inauguró en abril de 2013, la estupenda Biblioteca Pública Municipal Eugenio Trías.

Tras la Casa de Vacas se encuentra situado un espléndido templete o quiosco de música, rodeado de tilos y con capacidad para cien profesores de orquesta, dónde la Banda Municipal actúa cuando lo tiene previs-

to; delante de la misma el Estanque grande, verdadera estrella del parque con sus paseos en barca de remo o en una moderna nave que surca sus aguas impulsada por la energía solar, a las que se accede, previo pago de una entrada, desde el monumental embarcadero.

Presidiendo el estanque se encuentra el entorno monumental dedicado a la Patria, compuesto por una columnata con un gran número de esculturas en bronce y mármol que rodea a la estatua ecuestre del rey Alfonso XII, y a sus pies, casi flotando sobre el agua oscura del estanque, enormes sirenas y leones de bronce contemplan entretenidos el paseo de las barcas y el continuo ir y venir de transeúntes de medio mundo que, cámara en mano, inmortalizan todo lo que ven ante sus ojos.

En fin, ya que las piedras no hablan me han pedido a mí que dijera algo en su nombre, ya sé que no es lo mismo, pero al menos hemos hecho un rápido recorrido por el entorno monumental del parque que no podía faltar en un libro homenaje como pretende ser este.

SALTO DE ALTURA

Si os preguntasen ahora mismo quién es la actual campeona de España de salto de altura, me gustaría saber cuántos acertarían la respuesta de memoria sin consultar en ninguna parte, seguramente muchos porque es bastante conocida gracias a sus éxitos. Pero si, a continuación, quisiéramos saber el nombre de la subcampeona, la cosa cambiaría bastante. Puede que nadie lo supiera.

Pues algo así me ha pasado esta mañana corriendo por el pentágono, a falta de estímulos físicos, debido al trote cochinero que dominaba mi inapetencia deportiva, me ha dado por pensar, arriesgado ejercicio mental que en los chistes de Forges la mujer de Mariano considera una locura, ¿qué sería del mundo sin algunos locos haciendo de las suyas?

La chispa ha surgido por una chica que he visto en la entrada de la puerta de Alcalá, ha sido verla y pensar «esa chica se parece mucho a la campeona española de

salto de altura», es alta, delgada, tiene pinta de atleta olímpica… pero ¿cómo diablos se llama?

Me han venido a la cabeza un montón de nombres de origen vasco: Amaia, Idoia, Itziar, Leire, Edurne, Begoña, Nekane, Maite, Miren, Ainhoa, Usune… he repasado sin éxito todo el santoral femenino vasco; hay más de cien nombres en la lista, pero los citados podrían servir como muestra válida de la variedad existente; nada, que el nombre no me venía, puede que el problema haya consistido en que estaba dando por hecho que nuestra saltadora es natural de allí, cuando realmente es cántabra, de Santander por precisar.

Y así me he pasado casi toda la sesión, viendo mentalmente su cara como si la tuviera delante y repasando el santoral desde la A hasta la Z (no sé si se puede decir santoral con algunos de los nombres referidos), pero sin poder recordarlo; resulta que mientras corro mi cerebro reduce su actividad mental —ya de por sí baja y con constantes cortocircuitos— al mínimo imprescindible, cediendo todo el protagonismo al piloto automático que la mayoría de los corredores de largo aliento llevamos incorporado de serie.

Dada la situación, viendo que no podía recordar ni el nombre de mis abuelas y para quitarme la obsesión de encima, me he marcado una serie de tres mil metros lisos para comprobar el efecto que una semana viajera haya podido causar en mi gastado organismo; bueno, afortunadamente no parece que haya sido demasiado perjudicial.

Evidentemente, el aumento de velocidad ha reducido más si cabe mi actividad cerebral (y aumentado la respiratoria) a niveles ciertamente alarmantes, pero ha sido terminar la serie, empezar a volver el riego cerebral a su caudal medio habitual y, a pesar de todo, seguir sin recordar el nombre de la saltarina campeona cántabra.

Nada más entrar en casa me he tirado de cabeza a por el móvil porque era lo que más a mano tenía para salir de dudas, enseguida he sabido la respuesta correcta, ¡qué rabia da cuando lo lees! Durante más de media hora lo he tenido en la punta de la lengua sin conseguir sacarlo de allí; además, hace bien poco la había visto por televisión compitiendo en los europeos de pista cubierta celebrados en Praga; de lo que ya no tenía ni idea es quién sería la segunda en liza, me ha costado resolverlo incluso tirando de internet, es una atleta de Daimiel llamada Gema Martín Pozuelo, reconoce que esa no te la sabías, ¿verdad?

Son tantos los deportistas españoles con éxito internacional en sus respectivas disciplinas, que llega un momento en que no puedes quedarte con todos sus nombres en la cabeza, porque llegarían a desbordar nuestra capacidad de retentiva.

Total, que ejercitando la memoria mientras corría he completado otra provechosa sesión por el parque, una buena noticia para mí desde que el martes pasado me sintiera el peor corredor del mundo (a fecha de hoy tampoco es que haya mejorado mucho).

No lo he contado, pero el martes no podía dar ni un paso y la cabeza solo me pedía parar; de hecho, cuando las piernas se sumaron a la reclamación, directamente lo dejé para mejor ocasión; si ese día me hubiera cruzado con la chica de esta mañana, no con la reciente campeona olímpica en Río de Janeiro, Ruth Beitia Vila, nuestra flamante medalla de oro, no hubiera podido dar con su nombre ni tras varios tres miles seguidos, hay veces que ni por esas.

¿A que tampoco hubieras sabido su segundo apellido? Esa pregunta si que hubiera sido imposible, sería para sacar nota, menos mal que internet lo sabe casi todo, solo hay que esperar a llegar a casa para resolver las dudas.

LOS LADRONES

Literalmente hablando nunca me he sentido «runner», siendo inglesa la palabra no me veo obligado; la verdad es que yo prefiero llamarme corredor que es más nuestro, ni tampoco me siento ladrón aunque también sea más de aquí que un impronunciable «thief»; convertido el «running», otra palabreja importada, qué le vamos a hacer, en un deporte de moda, ha aumentado increíblemente el número mundial de corredores, aunque ahora se nos llame *ráner*, y es normal que empiece a haber de todo entre nosotros, lo mismo que en botica.

Ayer estaba viendo una película del año de la polca de indios y vaqueros en televisión y, en uno de los numerosos descansos publicitarios, anunciaron un reportaje que se emitiría al terminar la proyección sobre una plaga de robos en el Retiro, noticia de la cual uno se enteraría tras escuchar el toque de corneta militar llamando a la carga al octavo de Caballería, al séptimo se lo había cepillado antes una coalición de indios sioux, cheyenes y arapahoes que pedían justa venganza contra

el coronel Custer, desde que exterminara casi por completo a una peligrosa tribu, compuesta por mujeres, niños y ancianos, ocho años antes en Washita.

Lógicamente la noticia (la de los robos) me interesó al instante y dormité pacientemente en el sofá esperando su emisión en cuanto acabase la batalla; lo grabé con el vídeo del móvil y, no sé por qué, al pasarlo al ordenador no puedo verlo por un problema de formatos.

Si no hay solución terminaré borrándolo, pero me pareció una noticia alarmista a más no poder; básicamente vinieron a decir que los amigos de lo ajeno, que desde siempre han trabajado honradamente, bien fuera por la fuerza o al descuido en parques, jardines y otras concentraciones de gente, ahora se disfrazan de *ráners* —¿el plural no sería *ráneres*?— y acuden en masa a tan emblemático parque para robar a galope tendido mochilas, cámaras y bolsos a los más incautos y desprevenidos entre los muchos transeúntes, amparados en su disfraz de deportistas; y por si fuera poco terminaron diciendo «¡Cualquiera los persigue!», como animando (picando diría yo) al personal a intentarlo, verás cómo al final acabaremos pagando lentos por pecadores.

Esta mañana bien temprano he subido al parque; al ir disfrazado de *ráner* enseguida he notado las miradas, entre temerosas y acusatorias, de los sufridos paseantes que probablemente también vieron ayer la noticia en televisión; al ver a un grupo de cuatro o cinco policías charlando en corro me he dicho «Tranquilo, Santi, pon cara de ser un ciudadano ejemplar, no sea que te con-

fundan con un chorizo fuera de la ley y te la líen»; tan buena cara he debido poner que hasta el GPS se parecía más al reloj de mi Primera Comunión que a una muestra actual de la más avanzada tecnología punta puesta al servicio del ocio sobre un par de zapatillas.

Al poco una señora, viéndome llegar trotando en su dirección, ha tirado el bolso al suelo antes de salir huyendo despavorida y arrojarse de cabeza en la fuente de la Alcachofa, a mis gritos de «¡hombre al agua!» solicitando ayuda no ha acudido nadie, bien porque siendo mujer no encajase en el perfil de mi llamada de socorro, bien porque al estar vacía la fuente —si no recuerdo mal el otro día la estaban limpiando unos operarios— no vieran peligro inminente de ahogamiento; disimuladamente, sabiendo que no se hundiría, yo he seguido con lo mío al trote sin mirar atrás, como si la cosa no fuera conmigo. «¡Me he *quedao* con tu cara!», gritaba la aterrorizada interfecta, asomando su cabeza, ahora adornada con un enorme chichón, desde el vaso vacío de la fuente. Al menos no sabe dónde vivo.

Un poco más allá me he cruzado con un cachas inmenso en camiseta, ante tan hercúleo ejemplar del género humano, más que intentar atracarlo lo que hay que hacer es desaparecer cuanto antes de su campo de visión y reaccionar a toda prisa nada más detectarlo, no sea que te confunda con uno de esos pícaros *ráneres* y de un guantazo acabe abruptamente con el cuento.

Y así, poco a poco, he seguido con mi ruta, se ve que he retomado con fuerza —de voluntad porque de la otra

ando bajo mínimos— esto del correr; pretendo ponerme en forma justo cuando el calor empieza de nuevo a apretar y andan sueltos por el parque meteóricos ladrones, aunque sin ir más lejos esta mañana he pasado algo de fresco; claro que con la animación adicional he tardado bien poco en entrar en combustión.

Espero que no me terminen confundiendo con uno de estos roba bolsos, porque bastante estresante es ir concentrado en el recorrido, el ritmo, la distancia y el tiempo de carrera, mientras esquivas posibles obstáculos del camino, como para que encima tengamos que estar ojo avizor por si nos persigue algún aguerrido voluntario del siempre impresionable público, si se siente amenazado por la pinta que tienes en pantalón y manga corta, con ciertas cosas no se juega.

Por si las moscas yo te aviso, si tienes intención de salir a correr por el pentágono estos días, ten mucha precaución, lo mejor para despistar al personal y no llamar su atención es que salgas a correr con antifaz, gorrito y traje de rayas horizontales blancas y negras, será definitivo si añades una pesada bola de hierro atada con cadena al tobillo.

Creerán que eres otra estatua viviente de las que tanto abundan en el parque, incluso puede que te echen moneditas al cruzarte con la gente.

Como decía el sargento Esterhaus en «Canción triste de Hill Street»: ¡Tengan cuidado ahí afuera!

ILP

Una de las 1.402.854 firmas de la ILP[1] contra la Ley Hipotecaria presentada hoy en el Congreso es la mía, quiero suponer que tendrá plena validez a pesar de ser considerada un garabato, porque cada vez que firmo algo el comentario suele ser «¡Uy que firma más rara, parece árabe, pero es muy original, eh!»; de tanto subir al Parque del Retiro, el otro día, uno de los pocos lluviosos del año, me crucé con unos voluntarios que estaban pasando mil y una penalidades en la plaza del Niño Jesús, porque desde luego facilidades para conseguir el apoyo que solicitan no han tenido ninguna.

En otras ocasiones uno deja un momento de correr y se detiene para saludar a un conocido con el que no le apetece encontrarse, atarse los cordones de las zapati-

[1] Iniciativa Legislativa Popular, se trata de la posibilidad amparada por la Constitución de que las personas puedan presentar iniciativas de ley, sin necesidad de ser representantes populares en sus respectivos congresos.

llas, recuperar el aliento o incluso para oler las rosas (recomendación del batería de los Beatles, Ringo Starr), de modo que al verlos bajo la lluvia decidí parar a ver qué tramaban; viéndome llegar a la carrera, la voluntaria no se interpuso en mi camino, pero espoleado por mi innata curiosidad me interpuse yo en el suyo.

«¿Para qué estáis pidiendo firmas?», le pregunté bajo el tremendo aguacero; tras explicármelo me vinieron a la cabeza recuerdos familiares antiguos, la de veces que las habremos pasado canutas en casa de mi madre por tener los bolsillos vacíos y no poder afrontar las letras del piso, a duras penas y con muchos sacrificios pudo salir adelante y conservarlo; ahora que me sonríe un poco la vida, no puedo ni quiero olvidar aquellos tiempos de penurias económicas y me siento solidario con los que sufren el grave problema que ha traído el más despiadado de los capitalismos y las crisis económicas que periódicamente provoca.

Pensé en toda esa gente anónima que a diario pierden sus casas y no pude por menos que firmar, sé que habrá casos para todos los gustos y que no es oro todo lo que reluce, pero vaya mi pequeño gesto de solidaridad con los que en verdad lo necesiten y un aplauso para los voluntarios que se implican en su defensa.

Hoy mismo, sin ir más lejos, he leído en prensa una noticia demoledora sobre un matrimonio de jubilados que se ha suicidado en Mallorca, agobiados por el inminente desahucio de su hogar; la desafortunada pareja habrá pasado una auténtica tragedia para tomar tan fatal

determinación. Por sí solas este tipo de noticias deprimen al más pintado, pero los que podrían hacer algo para evitarlo siguen haciendo el don Tancredo desde sus escaños y casoplones.

Espero que a la vista del millón y pico de firmas presentadas el Congreso de los Diputados, se dignen siquiera a debatir en sesión parlamentaria la ILP presentada por la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) y que, tanto el Gobierno como la oposición, se comporten como todos esperamos de ellos, aunque solo sea por una vez que para eso son los representantes del pueblo que los ha elegido.

Mientras tanto, es una auténtica pena que el rayo que ayer cayó sobre el Vaticano —se ve que ante una poderosa descarga natural de electricidad estática no funciona ni la protección divina— no cayera una y mil veces sobre las conciencias y la cuenta de resultados de todos los responsables que dan lugar a los desahucios indiscriminados —proceso legalmente conocido como «ejecución» hipotecaria, qué nombre más apropiado, ni queriendo encuentran otro mejor— y de quienes lo están consintiendo sin amparar, como sería su obligación, a los sufridos afectados.

Han pasado varios años desde que estampé mi ilegible firma en el papel de la ILP y he leído que los bancos, principales causantes de estas ejecuciones en defensa de sus legítimos aunque poco éticos intereses, no podrán ejecutar hipotecas hasta que los hipotecados hayan dejado de atender sus obligaciones de pago entre

doce y dieciocho plazos; solo a partir de entonces podrán vender sus paquetes inmobiliarios a los fondos buitre internacionales que sobrevuelan el aire de las promociones vendidas, a la espera de hincar sus afiladas garras en los pisos que se vayan desalojando.

Podemos considerar esta hipotecaria historia como un *off topic* del libro, pero es que algunos asuntos claman al cielo (de ahí que pida la intervención de los rayos para impartir justicia divina, aunque tenga que ser cósmica) y entre todos deberíamos arrimar el hombro para intentar solucionarlas.

Además me ocurrió a las mismas puertas del pentágono y es que dentro del histórico parque madrileño o en sus inmediaciones puede ocurrir casi cualquier cosa, incluso que un veterano corredor del montón recupere una parte de su antigua conciencia social.

AESCULUS HIPPOCASTANUM

Bajo semejante denominación científica se esconde el castaño de Indias, también llamado castaño loco y falso castaño.

Según parece, su semilla es eficaz contra la insuficiencia venosa crónica o síndrome de las piernas cansadas, aunque de momento no he probado a darles un *bocao* para recuperarlas de algún esfuerzo físico previo y mira que los tengo a mano porque está el pentágono repleto de ellos y por estas fechas florecen que da gusto verlos.

Lo que ya no gusta tanto es la fuerte saturación ambiental que provoca su penetrante y característico olor, no digo que huela mal, pero anula al resto de olores circundantes, claro que teniendo en cuenta el fétido perfume que desprenden a su paso algunos corredores poco aseados, incluso podría llegar a resultar un alivio olfativo para quienes con ellos se crucen.

Me dirijo corriendo al pentágono verde y, en cuanto entro en el recinto, primero me asalta su elevada humedad y a continuación el olor de la floración de los castaños; me han dicho unos trabajadores del parque que a mucha gente les está provocando alergia y quizá lo que me pase es que me encuentre entre los afectados sin saberlo; como suele decirse, a la vejez viruelas.

Entre la humedad y el aroma botánico que desprende el arbolito de marras es como si se me bloqueasen las vías respiratorias, malestar del que paso olímpicamente y sigo corriendo como si tal cosa, si tuviera que prestar atención a todo lo que me afecta negativamente a la hora de ponerme a correr, lo mismo tendría que dedicarme a otro deporte más reposado.

He llegado a casa sudando cual pollo asado al horno —los veintinueve grados que he visto en el termómetro digital que el Excelentísimo Ayuntamiento tiene colocado en la parada del autobús y el propio ejercicio aeróbico intenso, provocan la inmediata reacción de las glándulas sudoríparas— y, en vez de a la ducha que sería lo suyo, me he lanzado de cabeza al ordenador, es cuando he leído que, aparte de dar la lata en primavera, las semillas de los castaños de Indias son beneficiosas para la circulación, las piernas cansadas y no sé cuántas alteraciones más.

Por citar algunas, esto es lo que dice la Wikipedia sobre este árbol de gran porte:

«Puede aplicarse en forma de pomada por vía externa, ya que reduce el diámetro de las venas disminuyendo la inflamación provocada por varices, flebitis, insuficiencia venosa y otros trastornos circulatorios (como por ejemplo: edemas, equimosis, cuperosis rosácea). Al ser un potente vasoconstrictor se utiliza con las hemorroides para reducir su volumen (al tener una elevada turgencia) y aliviar su dolor. El extracto seco se prepara en forma de cápsulas que se ingieren por vía oral en casos de fragilidad capilar, epistaxis, metrorragia, dismenorreas, etc.».

El caso es que tras la sesión pedestre de esta mañana, las piernas no las tenía cansadas por no haberlas forzado demasiado; ha sido una sesión tranquila, así que de momento no subiré al Retiro provisto de tijeras de podar, plato, cuchillo y tenedor para prepararme una ensalada hindú a base de castaños floridos, no sea que me vayan a multar y me arruinen el final de mes.

Mejor seguiré armándome de paciencia porque el verano ya está cerca y, con su llegada, se acabará la curativa floración.

EL DESMAYO

Semana de transición a la espera del gran día que para mí será el sábado 7 de junio, mañana sin ir más lejos; si duro lo suficiente, dentro de 70 años podré celebrar con mis tataranietos la efeméride, como los aliados van a celebrar hoy la suya recordando el histórico desembarco en Normandía, no hace falta que lo calcules, estamos en 2014; espero que para entonces siga existiendo la sierra de Guadarrama y no hayan construido una urbanización de adosados con piscina, gimnasio y pista de pádel en la Bola del Mundo.

Aunque por poco la pifio ayer y me quedo sin celebraciones en 2084, el caso es que subí al pentágono a por otro miriámetro de transición para transferir el entrenamiento acumulado, pero fue entrar en el verde recinto vallado y empezar a sentirme fatal, no podía ni respirar y sentía una fuerte opresión en el pecho, parece ser que la alta concentración de gramíneas, polen o polvillo en suspensión superaba ayer en número y pesadez a cualquier masiva concentración de independentistas

esgrimiendo sus lazos amarillos para reclamar la, hoy por hoy, imposible República catalana.

Al paso por el Parterre o jardín francés —*oh la lá, c'est la vie!*— sentí la imperiosa necesidad de tumbarme, cosa que hice en el primer banco libre que encontré; tras permanecer un rato con los ojos cerrados, respirando con delectación el aire fresco de la mañana, decidí abrirlos para descubrir, no sin sorpresa, que me encontraba bajo el manto protector de un frondoso árbol y casi entro en trance.

Viendo desde abajo sus interioridades, debatía conmigo mismo, a falta de alguien más a mano con quién discutir, «¿será una acacia de tres espinas —tengo una especie de obsesión arbórea con la acacia de tres espinas— o un castaño de Indias?»; pensando en la disyuntiva vegetal se me terminó de pasar el agobio respiratorio y pude reemprender la marcha, primero andando, hasta comprobar que la maquinaria de nuevo funcionaba, y luego trotando para regresar al domicilio fiscal.

Lo que me ha dejado pensativo es que en el ínterin pasaron unas cuantas personas a mi lado y ninguna se paró para interesarse por mi estado, que a todas luces era catatónico, por muy poco observador que se sea; quizá pensaron que estaba haciendo yoga-running o preparando un máster en botánica urbana, pero si ves a un señor más o menos mayor, vestido de corredor, tumbado sobre un banco de madera, con lo incómodo que resulta, sudoroso, con los ojos cerrados y como au-

sente del mundo… no puedes pensar que está allí pensando en las musarañas.

En fin, no ha sido la primera vez que pasan de mí en circunstancias desfavorables, menos mal que fue salir del Retiro y recuperar las constantes vitales como por arte de magia; el resto del camino pude hacerlo trotando suavemente por lo que no le voy a dar más vueltas al suceso, es evidente que algo flotaba en el espacio aéreo del parque que me afectó más de la cuenta.

Durante los cinco o diez minutos que pudo durar el mal rato tumbado boca arriba, solamente pensaba «¿a qué me pierdo el MAPI[2]?», llegando a convencerme de la existencia de una maldición en forma de lesión, problema de salud… pero, como digo, solo duró un rato.

Por fortuna me he recuperado totalmente y hoy vuelvo a encontrarme fenomenal dentro de un orden y para celebrarlo voy a subir de nuevo al pentágono, pero lo haré andando y para visitar la Feria del Libro en busca de lecturas que me llamen la atención, algo que es fácil que ocurra porque como lector compulsivo que soy no me complico demasiado la vida con los libros, me interesan prácticamente todos.

Me gusta mucho que en el Retiro se celebre cada año la Feria del Libro, es una forma literaria de unir, mari-

[2] Maratón Alpino Pirata, la carrera de montaña de referencia de los Paquetes que suele celebrarse en junio.

dar como se dice ahora, dos de las aficiones que más me gustan como son la lectura y la carrera pedestre.

Durante los días de celebración de la feria el parque se llena hasta los topes; aunque las aglomeraciones nunca me han gustado demasiado, le dan un aire mundano al parque del que carecía en tiempos del rey Carlos III, a quién he dedicado este libro por el detalle que tuvo con los súbditos de entonces, del que afortunadamente podemos aprovecharnos los sufridos súbditos actuales de su descendiente Felipe VI, es que hay algunas cosas que no cambiarán nunca.

Con motivo de la Feria se ha establecido un servicio médico a pie de caseta como quien dice, si volviera a sentir que me abandonan las fuerzas siempre podría ser atendido al momento por este servicio, pero el resto del año pediría mayor humanidad para con el prójimo.

DE FUENTE A FUENTE

Una de las reglas de oro en el juego de La oca es la frase «de puente a puente y tiro porque me lleva la corriente»; a falta de puentes en el parque —alguno que otro tiene, pero son meramente testimoniales— vamos a reutilizar la misma regla pero con las fuentes.

Hace bien poco subí al pentágono, como suelo hacer habitualmente, cuando de repente me vino la frase a la cabeza, bueno no exactamente de repente, sino como una consecuencia de mi costumbre de entrar en modo de abstracción mental cuando practico deporte para no pensar ni medio segundo en el cansancio físico.

El parque del Retiro es apto para seres sedientos, ya sean humanos o animales, y su visita es aconsejable para admiradores de las obras de arte urbanas; cualquier fotógrafo aficionado disfrutará paseando, y como caminar sin rumbo fijo aviva la sed, podrá saciarla tantas veces como le apetezca con abundante agua fresca municipal que, de momento, toquemos madera, sigue siendo gratis y sabiendo solo a agua.

Por empezar por alguna parte, junto a la plaza del Ángel Caído hay una primera fuente para gozo y disfrute de los sedientos; cuatrocientos metros más allá, siguiendo a lo largo el precioso paseo de Cuba nos toparemos con otra, esta vez ornamental; nada menos que la famosa fuente de la Alcachofa, en la plaza de Honduras, junto a la cual existe una pequeña fuente de abastecimiento acuífero por la patilla.

A unos doscientos metros en dirección norte, caminando por el lateral del Estanque grande, llamado paseo marítimo por el particular gracejo madrileño, se encuentra la hermosa fuente de los Galápagos, cuando llegues hasta allí sabrás el porqué de su nombre; justo antes de llegar hay otro caño de agua a la izquierda, aunque sospecho que los quiosqueros cercanos la cierran para que les compren el agua a ellos.

Continuando el paseo en dirección hacia la puerta de Hernani, a corta distancia de la anterior, podremos gozar de la pequeña y algo deteriorada por las inclemencias del tiempo fuente de las Ninfas, siempre rodeada de bonitas flores; mirando hacia la calle podrás admirar desde lugar privilegiado la única iglesia de estilo neobizantino que tenemos en Madrid, la de San Manuel y San Benito, justo al otro lado de la calle Alcalá.

Comprobemos pues si la reciclada regla del juego de La oca sigue vigente.

Subiendo hacia el este hasta la puerta de Madrid, en dirección a la calle de Menéndez Pelayo —a pocos me-

tros dejaremos a nuestra derecha una construcción que alberga a la fuente de la Salud que trataremos en el siguiente relato—, encontraremos una modesta fuente en el camino que discurre en paralelo al nuestro, apta para dar de beber al sediento aunque haya que buscarla con lupa porque queda algo escondida de la vista.

Bajando por el paseo de coches —paseo de Fernán Núñez en el callejero municipal— hay varias fuentes más, pero centrémonos en la que hay justo antes de llegar a la antigua sede del Zoológico, hoy reconvertida en la estupenda y moderna biblioteca municipal «Eugenio Trías», en honor de tan insigne filósofo español; se trata de una gran fuente, obra de «Fundiciones de Hierro Colomer», dónde se puede saciar la sed en grupo; para mí gusto es una de las más bonitas del parque con sus cuatro caños, bocas, grifos o como se diga.

Hablando de fundiciones, en muchos de los alcorques, tapas, canales y rejas de imbornales del parque, en general en todo Madrid, se indica la procedencia del fabricante, la mayoría son de la Fundición Dúctil Benito, una centenaria industria catalana de maquinaria de forja y fundición, actualmente renombrada como Benito Urban que queda como más internacional.

Hay muchas otras fuentes estratégicamente distribuidas por todo el parque, las conozco casi todas pero, aun teniendo hecho un censo mental de todas ellas, en ocasiones descubro alguna nueva que no tenía catalogada; mejor dejaré que sean los improbables lectores de estas

líneas quienes se encarguen de descubrirlas por sí mismos si les ha interesado el tema y necesitan beber.

Sed no pasarán los visitantes, eso puedo asegurarlo y, si no conocían el parque, también estarán de acuerdo conmigo en que habrá merecido la pena la visita.

Para los que prefieren otro tipo de bebidas, en la variedad está el gusto, existen varios quioscos en los laterales oeste y sur del estanque grande, también al lado del antiguo zoológico, frente al palacio de Velázquez, otros dos en el paseo de Uruguay, cerca del monumento a Lucifer, y otro justo a la entrada por la puerta de Alcalá, en los que poder saciar la sed e incluso el hambre si no es mucha, eso sí que preparen bien la cartera porque los precios están por las nubes.

En primavera, o cuando el tiempo lo permita, tendría que ser de obligado cumplimiento tomarse una cerveza helada con aceitunas y patatas fritas, sentados y charlando sin prisa con los amigos, dejando pasar el tiempo y, como decía Pepito, el suegro del Mago Pepo, «viendo crecer los naranjos»; desconozco si en el Retiro hay naranjos, pero tienes muchos árboles para elegir.

LA FUENTE MISTERIOSA

Territorialmente hablando el pentágono, llamarlo así es una tontería geométrica como otra cualquiera que ya veremos cuánto me dura, no es demasiado grande; tampoco es que sea pequeño, digamos que tiene una superficie suficiente (118 hectáreas) como para albergar y esconder decenas de pequeños y hermosos rincones que a veces se nos escapan a primera vista.

Como hemos visto, tiene numerosas fuentes de agua fresca estratégicamente repartidas, gracias a ellas los visitantes podemos refrescarnos cuando lo necesitamos; los días de calor y humedad, que son bastantes al año, nada mejor que poder detenerse en una de ellas y beber a morro —ojo, sin chupar el grifo porque no se sabe si un perro lo habrá morreado antes— largamente mientras le ofreces un descansito a las piernas, posiblemente cansadas por el paseo.

A media mañana tuve que atravesar el pentágono para asistir a una comida y decidí hacerlo por dónde la gente habitualmente pasea; a esa hora del día el parque

estaba repleto de corredores, el imparable y reciente auge de nuestro deporte es algo tremendo, digno de un sesudo análisis científico realizado por la universidad de Alcalá de Henares, por decir una al azar, por lo que preferí pasear tranquilamente sin correr el riesgo de ser arrollado por alguno.

Entonces la vi, estaba sola y me acerqué a ella porque no la tenía censada, ¿desde cuando estás aquí?; apreté sin esperanza el niquelado botón del moderno grifo pensando «estará condenada y seca, seguro» y, en venganza por mi poca fe, un abundante chorro de agua cristalina me salpicó los zapatos y parte de la pernera del pantalón —seguro que quien me vea ahora pensará que me he meado encima— aunque se secaron enseguida por el calor que hacía; habré pasado cerca de ella cientos de veces, pero todavía no me había fijado, pensaba que era un almacén del servicio de jardinería.

Para ir cerrando el tema de la fuente misteriosa, que poco o nada tiene de misteriosa porque es real aunque sea una desconocida, incluso parece ser que hay otra con el mismo nombre en el parque del Oeste; mencionaré parte de un texto que he encontrado en internet, del que citaré su procedencia porque el contenido parece estar protegido por derechos de autor, para poder irnos directos al grano (artedemadrid.wordpress.com):

«En El Retiro existen fuentes de gran valor, delicadas y sugerentes, como la fuente de La Alcachofa o la de Los Galápagos, pero también hay otras fuentes de

tipo rústico, a alguna de las cuales se le atribuían cualidades medicinales a su agua, que tienen su encanto.

La Fuente de la Salud es en apariencia una fuente pobre, sin méritos artísticos, pero cargada de historia.

Estaba situada cerca de la entonces llamada plazuela de la Pelota, y sus "cristalinas" aguas, según la prensa de la época, eran consideradas buenas para el estómago y el riñón.

A su alrededor la vida transcurría animadamente. La fuente de la Salud ya existía cuando El Retiro era un Real Sitio, en el llamado Reservado, pero fue con la apertura al público en el siglo XIX cuando este tipo de fuentes cobraron vida y se convirtieron en lugar de encuentro.

No dejéis de visitar este lugar, tan cercano a la entrada, pero a la vez tan escondido, paraje solitario y tranquilo, a pesar del ruido de los coches tan próximos, con ayuda de la imaginación podréis revivir por un momento esta escena del siglo XIX, tiempo pasado en el que nuestra fuente solía recibir mayor atención por parte de los madrileños gracias a sus supuestas propiedades salutíferas».

No sé si conservará las propiedades salutíferas que alguna vez tuvo porque, probablemente, se nutrirá del Canal de Isabel II como el resto de la ciudad, pero puedo asegurar que el agua sigue manando cristalina, siendo un reconstituyente natural idóneo para quien quiera apagar su sed cuando se la encuentre en su camino.

La fuente original, con el vaso en forma de concha, está actualmente cegada, pero a su espalda, al otro lado de la instalación, hay un caño todavía en activo que es el que me ha mojado los pantalones por descreído y un poco también por la impetuosa presión de salida.

Si paseas por allí no dejes de detener tu marcha para visitarla, pero ve con cuidado porque es fácil que pase inadvertida; dedica unos minutos a disfrutar del entorno, respirar a fondo, echarte al coleto un buen trago de agua del Aaiún (como los más castizos llaman al agua del Ayuntamiento), con cuidado para no mojarte la ropa con su potente chorro, y aprovecha la parada para rellenar tu cantimplora mental; no olvides que lo que de allí mana es agua, la fuente de la salud.

AL RICO SOL

Uno nunca acierta, con esto del cambio climático, las ciclogénesis explosivas y la modernísima terminología del tiempo, qué ropa ponerse antes de salir a la calle a pasear; a primera hora he bajado al perro, íbamos ambos abrigados como cosacos del Volga, bueno solo yo, él iba abrigado como perro de cosaco del Volga por su naturaleza canina, y aunque hacía bastante frío no era tan intenso como días atrás; al rato he bajado de nuevo, un poco menos abrigado, para subir al Retiro a ejercitarme y la verdad es que al solecito no se estaba mal.

—Bueno, pues te pones la ropa de siempre y sales a ver qué pasa— me ha aconsejado sabiamente un amigo deportista «recuerda lo que siempre te digo, conviene llevar varias capas encima, como las cebollas».

Siendo sincero no sé qué habrá querido decir con eso de la planta herbácea reina de las recetas mediterráneas, además las cebollas te hacen llorar y puede ser molesto a la hora de practicar deporte, pero he asentido como si lo entendiese, cuando le da por los mensajes sublimina-

les no hay quien lo entienda; acabo antes no discutiendo. diciéndole a todo que sí y luego haciendo lo que me dé la gana.

El caso es que subiendo al parque he sentido en la espalda la plenitud y la enorme fuerza calórica del astro rey, habrá quien piense que a las doce del mediodía ya puede calentar, que iba siendo hora porque llevamos una racha rarísima con tanta ciclogénesis, tormenta perfecta, la galerna Casimira, ciclones de media latitud, DANAS (depresiones aisladas en niveles altos), gotas frías, Gloria o como quiera que llamen ahora los meteorólogos al mal tiempo de toda la vida, y he pensado «pues hoy te vas a enterar de lo que vale un peine» porque el calor no lo llevo demasiado bien, a pesar de que mi origen ecijano pudiera indicar lo contrario.

A media sesión me he sentado en un soleado y solitario banco del Parterre, con la excusa de atarme los cordones de las zapatillas con la lazada mágica que nunca se desata, para descansar y recuperar, una actividad poco exigente y que siempre me viene bien.

Me he sentado porque últimamente no controlo bien el equilibrio estático como para anudármelos de pie y me pego unos cabezazos tremendos contra las cosas, ya sea la pared, el armario ropero, un árbol o lo que haya a mi alrededor; como me descuide un día voy a acabar en el hospital con un hueso roto, pero también me siento porque se descansa mucho mejor sentado que de pie, no hay comparación posible.

Adormilado por la calidez de los rayos solares sobre mi cuerpo serrano y la ausencia total de ruidos molestos, he debido cerrar los ojos un instante, incluso puede ser que haya llegado a perder el conocimiento durante un tiempo indeterminado que puede haber sido largo.

La verdad es que no tenía muchas ganas de ponerme a correr de nuevo, pero quería comprobar si las sensaciones seguían siendo buenas, me refiero a las que están sintiendo ahora mismo mis dos pies con las recién estrenadas zapatillas inglesas Kalenji Kiprun de 25 euros que lo único desafortunado que tienen son sus iniciales porque si las juntas (kaka) resultan un tanto escatológicas; de modo que tras desperezarme cual oso pardo al comienzo de la primavera, he terminado por volver al tajo sintiéndome mejor a medida que avanzaba.

Si por mí fuera me hubiera quedado allí otro buen rato durmiendo a pierna suelta, pero nuestro deporte exige ciertos sacrificios que no debemos soslayar si lo que buscamos es mejorar nuestro rendimiento físico.

Supongo que sabrás cómo se las gasta una fascitis plantar, pero si por suerte todavía no lo sabes no tengas prisa por saberlo porque no te estarás perdiendo nada bueno; los primeros pasos en frío son muy molestos y te entran ganas de volver directamente a casa dejando el disfrute del parque para otro día, menos mal que el intenso dolor acaba cediendo con el ejercicio y puede uno concentrarse en correr por el parque que es a lo que hoy habíamos venido, yo por lo menos.

Calculo que el descanso ha debido durar una media hora como mucho, en cualquier caso ha durado más de la cuenta y se me ha hecho tarde para continuar con el deporte, pero desde luego no podrá negarse que ha estado bien aprovechada.

Gracias al calorcito solar, potenciado por el efecto beneficioso del deporte, enseguida he sufrido un calentón espantoso contra el que poco o nada he podido hacer, salvo sudar copiosamente y aguantarlo como mejor he podido.

Resulta que las prendas cebolleras que llevaba puestas encima son de riguroso invierno; tampoco era cuestión de practicar la modalidad de *streaking* (anglicismo que designa el acto de correr desnudo por la calle, estadios deportivos o en otros lugares públicos) en el parque del Retiro, la gente de antes estamos educados en mantener siempre las formas.

Tendré que pedirle a mi amigo el deportista mencionado al principio que me explique mejor lo de las cebollas porque no lo veo claro.

SULLY

Si hubiera nacido español no estaríamos hablando de él como del heroico piloto que gracias a su serenidad y pericia a los mandos de un A-320 durante el vuelo 1549 de US Airways, consiguió amerizar en el río Hudson el 15 de enero de 2009 salvando a la ciudad de Nueva York de una nueva catástrofe aérea y a las 155 personas a su cargo, entre pasajeros y tripulación bajo su mando, de una muerte horrible y casi segura.

Si Chesley Burnett Sullenberger III, el capitán Sully o capitán Tranquilo desde entonces, a punto de cumplir cincuenta y ocho años en el momento del accidente, hubiera sido español, el avión se hubiera estrellado sin remedio porque su empresa lo habría prejubilado seis años antes sin importarle un pimiento sus cuarenta años de servicio ni las más de veinte mil horas de vuelo de experiencia real como piloto, ni tampoco los buenos servicios profesionales que podría haberles prestado aunque lo hiciera desde una torre de control.

Según comentaba el alcalde de la ciudad de los rascacielos y del Central Park, otro pedazo de parque urbano que he tenido la suerte de conocer y que me gusta casi tanto como el parque protagonista de este libro, al entregarle las llaves de oro de la ciudad:

—Parece ser que el piloto ha realizado una maniobra maestra al amerizar sobre el río y después asegurarse de que todo el mundo saliera ileso del avión.

En Madrid esa obra maestra no hubiera sido posible, porque Sully habría estado en cualquier otra parte menos en el avión y haciendo cualquier otra cosa —por ejemplo, correr despreocupadamente por algún parque debido a su retirada temprana de la circulación— menos pilotar aquel enorme Airbus, y también porque en esa fecha nuestro aprendiz de río —según las irónicas y despreciativas palabras de don Francisco Gómez de Quevedo Villegas y Santibáñez Cevallos, en cuestión de nombres interminables no tenemos que envidiar a nadie ni en los cortos tampoco, Paco para los amigos—, el Manzanares, llevaba poca agua, la justa para que amerizasen, como mucho, un avión de papel o un ultraligero.

Ya que por la lejanía y por mi insignificancia mediática no puedo hacerlo de otra forma, me sumo desde aquí a los múltiples y merecidos homenajes que sin duda recibirá el señor Sullenberger III en lo sucesivo en su tierra natal y le rindo mi pequeño tributo de admiración personal por su proeza a pesar de ser casi sexagenario, una desfachatez intolerable por su parte, avanza-

da edad que es considerada en nuestro país poco menos que un delito.

Si pudiera, pediría a las autoridades competentes que en su memoria y recuerdo le dedicasen el rincón más bonito del pentágono, en el nuestro, no en el suyo, porque aunque más pequeño es mucho más bonito y pacífico que el original situado en Washington, aunque debamos reconocer que aquél está infinitamente más repleto de estrellas por ser la sede del Departamento de Defensa de los Estados Unidos y estar allí destinados miles de oficiales uniformados.

Una curiosidad pasada de moda del edificio militar es que incluye el doble de baños de los necesarios debido a que, en el momento de su construcción, estaba vigente una ley federal que exigía la existencia de baños separados para blancos y para negros.

He investigado que habrá sido de este magnífico piloto, retirado a punto de cumplir los sesenta, tras su extraordinaria exhibición de temple aéreo y velocidad de reacción, y esto es lo que ha dicho él mismo en una reciente conferencia:

—Creo más en el trabajo que en los milagros— para explicar la sangre fría y destreza que demostró cuando una bandada de gansos del Canadá se cruzó en su trayectoria inutilizando los motores de su avión.

Un milagro, pero de los gordos, es lo que tendría que ocurrir en nuestro país para respetar a las personas a partir de los cincuenta, porque al parecer no basta con

el duro trabajo y la dedicación de casi toda una vida para evitar la retirada prematura de tanta gente en edad de seguir dando lo mejor de sí mismos.

A modo de evocación personal y solidaria, quiero recordar que, solamente durante el año 2008, cien mil españoles fueron pasados a cuchillo por algún ERE a mejor gloria del empresariado nacional y de los inoperantes gobiernos de turno que lo toleran sin despeinarse.

Me jugaría algo a que debemos tener la mejor marca mundial en la materia en los países de nuestro entorno, como les gusta decir a los profesionales de la política, seguramente porque a ellos no les afecta y pueden vivir de ella eternamente.

A mí me tocó aguantar el mío apenas tres años antes, no puedo decir que fuera con nocturnidad ni alevosía porque me lo comunicaron al final de una mañana radiante de luz invernal, pero ya llevaba algún tiempo con la mosca tras la oreja, el resumen es que de la noche a la mañana uno pasa de abnegado trabajador en activo por cuenta ajena al limbo más absoluto y a intentar escribir un libro sobre el Retiro.

Claro que lo que perdí en salario y preocupaciones lo gané en tiempo libre, gracias a eso perfectamente podría haber sido uno de los afortunados pasajeros a los que una fría mañana de enero salvó de una retirada anticipada, mucho peor y definitiva que la simple pérdida de un empleo, el coraje y determinación de nuestro valiente y norteamericano comandante, don Sully.

Me dirás que no viene a cuento traer esta historia aérea con final feliz a un libro sobre el parque del Retiro y posiblemente tengas toda la razón del mundo; sin embargo me gusta sacarle partido a las palabras aunque estén cogidas por los pelos, por ejemplo identifico «retiro» con retirada del mundanal ruido antes que con un parque público, mientras que «pentágono» me suena más a parque público que a Cuartel General del poderoso ejército norteamericano. Vaya una cosa por la otra.

De todas formas, ya he avisado que estas historias son las que me vienen a la cabeza mientras hago deporte por el parque; al llegar a casa, si no se me han olvidado por efecto de la hipoxia, intento darles forma para incluirlas en el libro.

LA MUJER DE LA CURVA

¿Recuerdas una historia que daba mucho miedo de la mujer muerta que se aparecía en una curva de la carretera?, sí hombre, esa que hacía autostop de noche, tú la recogías porque además de caballero eres un poco tonto y te fías de cualquiera; al rato ella te avisaba de que tuvieras cuidado en la siguiente curva, al llegar a la curva se te iba el coche fuera de la carretera por mirarle las piernas, te salvabas del accidente mortal gracias a su preaviso (y por alguna razón más, digo yo) y cuando volvías la mirada para agradecérselo resulta que ya no estaba sentada a tu lado, había desaparecido.

Sobre esta historia circulan muchas versiones diferentes en función de la época, el pueblo dónde transcurra, el tipo de vehículo, etc. Incluso todo el mundo se refiere a ella como «La chica de la curva», «La mujer de blanco» o «La curva de la muerte», por lo que podríamos afirmar que, para ser una historia inventada, ha dado mucho juego.

Me gusta bastante esta versión que he leído en internet por lo que tiene de tenebrosa:

La curva de Torreseca.

Según cuenta esta leyenda en particular, el hecho tuvo lugar durante una noche lluviosa. Una pareja de recién casados disfrutaba de su viaje de novios; ambos estaban felices, aunque el muchacho conducía de manera temeraria hasta que el coche patinó, se deslizó por la carretera y cayó por el barranco al pie de una curva muy cerrada; los dos murieron en el acto.

Un año después, un hombre que viajaba por la carretera recogió a una muchacha vestida de novia. Él le ofreció su cazadora para que no pasara frío. Al instante, ella dijo: «Gracias; por favor, frene. En esta curva me maté yo». El hombre desvió su mirada hacia ella y frenó en seco: habían desaparecido ella y la cazadora.

Un tiempo después, el hombre se dirigió hacia la tumba de aquella pareja que se mató en la curva y encontró su cazadora encima de la lápida de la tumba de ella. Esto provocó la muerte de él.

La verdad es que a mí esta versión me pone los pelos de punta, sobre todo cuando tengo que conducir de noche; normalmente prefiero conducir de día, pero a veces, por la razón que sea, tengo que hacerlo de noche y para negarme no voy a poner como excusa a la muerta de la curva porque quedaría fatal, pero no me gusta un pelo porque enseguida me viene su recuerdo a la cabeza; es que es una historia de miedo que me marcó.

Pues bien, el domingo pasado, mientras corríamos en compacto grupo, justo por la curva que rodea la Rosa-

leda, vimos a una chica que cada mañana se arremanga la falda sentada en un banco, dispuesta a tomar el sol en los brazos y las piernas, enseñando hasta el piramidal y más allá, leyendo lo que a simple vista parece un libro.

No es la primera vez que me la encuentro, a esta chica ya la he visto otros días, siempre está sentada en el mismo banco con la falda arremangada como si estuviera tomando el sol mientras aparenta leer un libro.

Reconozco que en ningún momento he pensado en quién podría ser, el Retiro está lleno de gente que hace cosas aparentemente normales como sentarse en bancos, leer libros, sacar fotos, pintar, tomar el sol, charlar, pasear, correr… y no se me ocurre pensar que puedan ser enigmáticos personajes venidos del más allá con vaya usted a saber qué malignos propósitos.

Además, si ella fuera la chica de la curva, seguramente estaría apostada en el arcén de una carretera y de noche, no de día sentada en un banco tomando el sol con la falda arremangada leyendo un libro; los muertos vivientes no hacen este tipo de cosas, de hecho no podrían hacer nada aunque quisieran.

Al verla le dije a mis compañeros de carrera:

—¿Habéis visto a la chica del banco?

—¡Pues claro!— me respondieron algo molestos, como si yo hubiese dudado de su varonil perspicacia y aguda capacidad de observación. A ellos no hay chica que se les escape de su campo visual.

—Pues la llevo viendo ahí mismo un montón de días, siempre sentada en el mismo banco, tomando el sol, con la falda arremangada y leyendo el mismo libro.

Bueno, lo de que sea el mismo libro me lo estaba inventando para darle más emoción, porque si yo fuera capaz de distinguir el título de un libro mientras paso corriendo al lado de una chica que está sentada en un banco tomando el sol con la falda arremangada y leyendo un libro (el que sea), no tendría necesidad de usar gafas y sin embargo tengo que usarlas.

—¿No os parece sospechoso? Además es que nunca levanta la vista del libro, es como si estuviera muerta (exagerando un poco).

A mi comentario contestó de soslayo uno de los corredores, como dejándolo caer:

—Joder, a ver si va a ser la mujer muerta de la curva.

Consiguiendo meterme un miedo atroz en el cuerpo, porque a ver qué hago yo ahora la próxima vez que la vea allí sentada, con la falda remangada, leyendo un libro cuyo título no soy capaz de ver.

TRANSFORMER

Aunque me gustaría poder hacerlo, no voy a escribir ahora nada sobre el magnífico LP (*long play* para entendernos) de Lou Reed, su segundo álbum en solitario es considerado de lo mejorcito de su carrera, incluye la excelente «Walk on the Wild Side» que fue un exitazo inmediato y se ha convertido en la canción insignia del genial interprete norteamericano. Este álbum, del que conservo una copia original en auténtico vinilo de la época, comprada en tienda y no pirateada en internet, también contiene algunos de los mayores éxitos de Reed, como «Perfect Day», «Vicious», «Satellite of Love», la breve pero divertida «New York Telephone Conversation» o «Goodnight Ladies» que, en el momento de escribir este relato, está sonando en la habitación como fondo musical.

Paso por tanto a relatar una experiencia extrasensorial de esta misma mañana; cruzando la calle del Doctor Esquerdo en dirección al Retiro me he visto andando detrás de un señor perfectamente trajeado y dotado con

un paraguas de bastón, todo un gentleman inglés si no fuera por una pequeña mochila que cargaba a la espalda, despojando de glamur británico al conjunto.

—Yendo así, con traje y zapatos de vestir, no creo que pueda dejarme atrás —pensaba en uno de mis razonamientos más contundentes de los últimos tiempos.

Bueno, pues sí que podía, a media cuesta ya me costaba cierto trabajo no quedarme atrás, la única forma de resistir su marcha ligera hubiera sido ponerme a correr, pero me pareció antideportivo sacar ese as de la manga, así que apreté los dientes y aguanté el chaparrón, no es que lloviera en ese momento, es solo una forma coloquial de hablar.

Al final de la puta cuesta el sudor ya se perlaba en mi frente debido al intenso esfuerzo al que me obligaba la situación; mientras tanto, el trajeado caballero de plateadas sienes no daba muestra alguna de bajar el pistón; sin embargo, aunque él seguía erre que erre avanzando a grandes zancadas y sin esfuerzo aparente, noté que me observaba por el rabillo del ojo, lo cual interpreté como un claro signo de debilidad, una grieta abierta en su depurado espíritu combativo, cualquier excusa me venía bien para no desmoralizarme y dejar de apretar el paso; al cabo de un rato llegamos empatados a la plaza del Niño Jesús, antesala de entrada al pentágono, y deduje que allí mismo se acabaría el sufrimiento, se separarían nuestras vidas para siempre y si te he visto no me acuerdo, pero ¡quia!

Nada más traspasar la verja eché a correr sin mirar atrás porque era lo que había venido a hacer, pero también por perderlo de vista definitivamente y cuanto antes; seguí lo mejor y más rápido que pude a mis piernas en dirección a la magnífica puerta de Madrid, obra de Urioste a finales del XIX, al otro extremo del paseo del Duque de Fernán Núñez (de coches para entendernos) y cuando a lo lejos divisé las dos columnas pétreas que la flanquean, aprecié con extrañeza que las dos cabezas de león que otros días las adornan se habían reconvertido ahora en dos cabezas idénticas a la del gentleman inglés mirándome fijamente, con sorna una y sonrisa burlona la otra; poniendo muecas sajonas me miraban como diciendo «¿No vas un poco lento, calamar?».

—Será una alucinación provocada por la hipoxia de la subida —deduje con cierto fundamento, no exento de ofuscación por la sorpresa, porque aquello no podía ser.

Seguí parque abajo bordeándolo hacia la puerta de Alcalá, pero unas obras de restauración del entorno cortaban abruptamente el camino y me vi obligado a cambiar el recorrido que tengo memorizado tras mil repeticiones; al poco pasé por delante del teatro de títeres, ubicado entre la fuente de los Galápagos y la puerta de Alcalá, que en su día estuvo dedicado al inmortal Pirulo, ese gran maestro de las marionetas, guiñoles y cristobitas, como se conocen en Andalucía a los títeres de guante, un titiritero que hacía las delicias de los niños.

Siendo una hora tan temprana el teatro, lógicamente, estaba silencioso y vacío, pero al pasar pude ver de refi-

lón que en el escenario estaba una marioneta vestida igual que el caballero británico, solo le faltaba el bombín; el muñeco gesticulaba dedicándome obscenos gestos con los dedos corazón sobresaliendo enhiestos de sus manitas cerradas, cobrando vida al ser movidas por hilos y cuerdas ocultos, con el paraguas grácilmente apoyado en la cadera en delicado equilibrio circunstancial por tener las manos ocupadas.

—Será una alucinación provocada por la hipoxia de la bajada —razoné teatralmente, no sin fundamento—, ¡ojalá te llueva café! —esto último lo pensé sin venir mucho a cuento, pero por desearle algo malo al polichinela de trapo.

Seguí en dirección al Parterre o Jardín francés intentando olvidar tan extraños encuentros para centrarme solamente en correr que era de lo que se trataba; de pronto me empezó a picar la espalda como nunca y, al no haber cerca nadie con buenas uñas que me rascase para aliviar el molesto picor, apoyé la espalda en un castaño de Indias y procedí a frotarla contra él como hacen los osos en estas circunstancias, procurando no romper el tejido técnico «dry fit» de mi camiseta porque cuestan una pasta gansa.

Una voz me sorprendió a mi espalda «Para rascarse se han inventado los rascadores, que no eres un oso» y acto seguido me arreó un golpe con el bastón del paraguas en toda la cabeza que me hizo ver las estrellas, resulta que lo que yo creía ser un árbol, no era un castaño ni tampoco de las Indias, sino el mismísimo lord inglés

que se había plantado como por arte de magia en un alcorque del camino para confundirme.

Mientras salía de najas de allí, iba pensando:

—Será una alucinación provocada por la lluvia de estrellas —volví a razonar con mayor fundamento y dolorida teatralidad si cabe, mientras un sentimiento de pánico lentamente se apoderaba de mí.

Durante la veloz huida no podía quitarme de la cabeza al inglés ni el daño por el paraguazo recibido; entonces decidí parar un instante, lo justo para beber un sorbo de agua del Canal de Isabel II —esa reina favorecida por la Pragmática Sanción publicada por su padre el rey Fernando VII, a la que tuvieron que exiliar en Francia nuestros antepasados, dando lugar al sexenio democrático— en una fuente que me pillaba de paso para refrescarme las ideas y no sucumbir por entero al espanto.

En cuanto pude continué mi avance, ahora ciertamente lento y fatigoso debido a la fuerte pendiente de la cuesta del Ángel Caído; al cruzar por la plaza miré de reojo a la angelical, negra y maléfica estatua obra de Ricardo Bellver, más que nada por comprobar si el pobrecito ángel caído podía echarme una mano porque ya son muchos años de amistad, pero… ¡no, no puede ser! Sí, en su lugar estaba el elegante anglosajón trajeado, subido en el pedestal desde el que me enviaba señales inequívocamente amenazadoras blandiendo su paraguas abastonado por encima de la cabeza, apuntando al cielo madrileño; a sus pies yacía caído y lastimoso el mismí-

simo Lucifer, colorado de ira, cabreado como una mona, echando pestes del usurpador y deseándole un Brexit sin acuerdo, algo que al final se ha cumplido el pasado 31 de enero.

—Nuevamente será una alucinación, ahora infernal, provocada por la hipotenusa de la cuesta —razoné para mí, pitagóricamente convencido de que todo era debido a mi fértil imaginación.

Salí del parque huyendo despavorido, corriendo cuanto pude sin volver la vista atrás; cuando al fin conseguí traspasar la emblemática puerta del Niño Jesús y salir al tráfico rodado de la calle pensé que dejaría de tener alucinaciones.

Nuevamente me equivocaba, de pie, parado justo enfrente al otro lado del semáforo, esperaba el señoritingo del traje y paraguas de bastón a que se encendiese la luz roja para poder cruzar sin peligro hacia el parque.

—¿Será posible lo que estoy viendo?, seguramente este hombre debió pararse a tomar un café con churros en «d Picnic», el bar de la esquina, justo en el momento en que yo eché a correr a toda pastilla en dirección a la puerta del Retiro.

Pero entonces ¿qué es lo que acaba de pasarme? Voy a tener que pedir ayuda profesional, porque algunas cosas que me ocurren no termino de entenderlas, lo mismo el desayuno de esta mañana me ha sentado mal y he tenido alucinaciones.

Crucé velozmente el semáforo por la parte más alejada de él, evitando mirar a la cara al elegante trabajador de la mochila a la espalda, si bien hasta que conseguí entrar en casa vigilé con atención todo lo que ocurriera a mi alrededor, no fuera que volvieran las alucinaciones, pero ya no volví a toparme con él ni con su alter ego, el implacable perseguidor paragüero.

Todo un episodio «transformer» que ni el mismísimo Lou hubiera podido soñar cuando compuso su LP.

CORONAVIRUS

Apenas un mes después de editar por enésima vez este libro (y las que quedan), el Gobierno puso en marcha en España el Real Decreto 463/2020 de catorce de marzo, mediante el cual todo el Estado entró en confinamiento domiciliario durante tiempo indeterminado; la medida entraría en vigor el lunes siguiente, a pesar de lo cual, siguiendo la secular tradición hispana que nos impulsa a pasar de todo, la muchedumbre siguió imperturbable y a su bola como si no ocurriese nada, apurando el poco tiempo de libertad que nos quedaba, llenando el fin de semana el parque del Retiro y, en general, todos los parques de la ciudad, ante lo cual un alarmado señor Alcalde ordenó el cierre inmediato de todos ellos hasta nueva orden.

Así que nuestro parque empezó a vivir en soledad los siguientes tres meses (menos algunos días), una situación inédita para él, cerrado a cal y canto y aislado casi por completo del mundo exterior que lo rodea; en tal estado de cosas, el parque ha tenido un bien ganado res-

piro para intentar recuperarse de la fuerte presión ciudadana; tanto la flora como la fauna que en él habitan, han disfrutado de unas merecidas vacaciones que probablemente necesitaban tras tantos años de servicio público ininterrumpido.

Recientemente el parque ha sido cerrado en varias ocasiones por cuestiones de seguridad, ya que debido a los temporales algunos árboles se cayeron o lo hicieron sus ramas, provocando varios accidentes que en pocos pero sonados casos tuvieron consecuencias mortales; mientras los técnicos municipales revisaban el recinto no se permitía el acceso al público, pero fueron procesos cortos que duraron muy pocos días mientras se intentaba arreglar el estropicio.

Hoy mismo lo han vuelto a cerrar «Para evitar posibles daños personales por la posible caída de ramas y árboles, este jueves 4 de junio de 2020 por la tarde, cierra al público el Parque del Retiro. Por la mañana se recomienda no pasar bajo los árboles», la recomendación matinal resultaba un tanto imposible de cumplir, para eso es mejor que lo cierren directamente, quien evita la ocasión evita el peligro.

Para entenderlos mejor, he estado informándome sobre la razón real de los cierres «Las alertas que obligan a cerrar parcial o totalmente los Jardines del Buen Retiro están definidas en un protocolo que se activa cuando se superan determinados umbrales de velocidad del viento, humedad del suelo, temperatura y nevadas. Se han establecido cuatro niveles de aviso (verde, amari-

llo, naranja y rojo) en función de las previsiones facilitadas por la Agencia Estatal de Meteorología.

Estas predicciones las elabora diariamente el personal experto en meteorología de la AEMET que analiza específicamente la situación en El Retiro y envía un boletín al Ayuntamiento de Madrid la jornada anterior a las 17:00 horas. Dicho informe está dividido en tramos de tres horas y contempla las rachas máximas de viento, la temperatura, el agua disponible en el suelo y la presencia de tormentas.

Los cálculos se realizan a través de una fórmula matemática que cruza datos generales con la ubicación y la superficie de El Retiro, por lo que a veces no coinciden con las previsiones que se publican para otras zonas de Madrid».

A las anteriores medidas de precaución algún día acabarán añadiendo una alarma por aglomeración de personas para evitar la invasión descontrolada de este espacio verde, a veces el gentío que acude es tal que puede resultar tan dañino o más que una tormenta; con el tiempo se le ocurrirá a alguien pensar la medida y la pondrán en marcha.

Desconozco si en otros tiempos hubo un período tan prolongado de cierre total, salvando quizás el período de las obras de restauración llevadas a cabo por Cecilio Rodríguez tras los destrozos provocados por la Guerra Civil, pero he decidido no investigarlo porque agua pasada no mueve molino.

Durante la pandemia de 2020 (añado el año para poder identificarla cronológicamente si nos azotasen nuevas pandemias en el futuro) el parque ha estado cerrado desde al sábado 14 de marzo, cuando la policía desalojó a las multitudes casi por la fuerza, hasta el pasado 25 de mayo en que se produjo la tan ansiada reapertura y volvió a ser invadido por paseantes y deportistas de toda condición, aunque provisionalmente sin kioscos ni las atracciones habituales, setenta y dos días ha durado el carpetazo, reconozco que la espera a mí se me ha hecho eterna.

Esperemos que no se repita en el futuro por el bien de todos, pero nunca se sabe.

FILOMENA

…a su pesar, así podría llamarse el parque si este ensayo lo hubiera escrito Gonzalo Torrente Ballester en lugar de quien esto suscribe.

Catalogar a Filomena como una simple tormenta invernal no le haría justicia al temporal que el jueves 7 de enero de 2021 descargó durante varios días sobre Madrid, dejándola más congelada que nunca. La Agencia Estatal de Meteorología definió a Filomena como una borrasca profunda europea, un fenómeno meteorológico que se produce a partir de ciclones extra tropicales, los cuales afectan a Europa mayormente entre octubre y marzo; no siendo experto en climatología no voy a seguir por este camino, lo que me interesa es el impacto catastrófico que tuvo sobre el parque del Retiro, y sobre todos los demás parques de la ciudad, pues como consecuencia de su paso hubo que mantenerlo cerrado otra larga temporada.

Filomena se llevó por delante buena parte del arbolado madrileño, desde la calle se podían observar los destrozos que ocasionó en el parque; árboles de diferen-

tes portes literalmente arrancados de cuajo, montones de ramas caídas en el suelo, daba mucha pena observarlo desde fuera y tener que imaginar el resto.

El Ayuntamiento tenía que hacer frente al desastre con los medios disponibles y todo hacía suponer que se tardaría bastante tiempo en revisar uno por uno todos los árboles antes de su reapertura; en aquellos días tuve ocasión de comprobar personalmente los daños en el parque Tierno Galván, si estuviera más cerca de casa lo mismo tendría que escribir un libro sobre él, pinos enormes tirados sobre el suelo enseñando sus pobres raíces, cuyas ramas no fueron capaces de soportar el tremendo sobrepeso de la nieve.

También en la Casa de Campo, si tuviera tiempo lo mismo también podría escribir un libro sobre ella, historias no me iban a faltar porque después del Retiro es el parque madrileño que más frecuento. Parecía que hubiera pasado un huracán salvaje, amplias zonas de la Casa de Campo habían sido arrasadas por completo y las montañas de restos vegetales eran descomunales, sobre todo de los pinos porque las encinas habían resistido muy bien el paso de Filomena.

Esto decía la prensa el día de la reapertura, 22 de febrero de 2021, «El Retiro reabre al 60% tras el desastre de Filomena. Las zonas del Campo Grande, la Rosaleda y parte de los jardines de Isabel II continuarán cerrados hasta el primero de abril, cuando finalicen las labores de inspección. Saltarse las zonas balizadas supondrán multas de entre 30 y 600 euros.

Minutos antes de las 10:30 de la mañana, cuando se han abierto 12 de las 17 puertas del Retiro tras 45 días cerrado por el azote de Filomena, decenas de ciudadanos se apostaban en los accesos con sus mascotas. La reapertura parcial del parque más emblemático de la capital, recordaba a esos instantes previos a que dé comienzo el periodo de rebajas, con la ilusión de ser los primeros en pisar el que es uno de los recintos más queridos por los madrileños y visitantes. "Estaba deseando que lo abrieran para volver, soy de las que los 365 días del año vengo por la mañana, a las 8:30 horas, y camino una hora y cuarto. Mis piernas ya lo necesitaban", comentaba a ABC Dolores, una de las vecinas más madrugadoras en adentrarse en el parque, que durante este mes y medio se ha tenido que conformar con bordear el recinto».

En El Mundo podía leerse «Filomena ha asestado un duro golpe al Retiro. Fractura de ramas, caída de árboles, cambios en el paisaje, daños en las infraestructuras… la factura del fenómeno extremo termina en un etcétera que abruma.

En consecuencia, el plan de recuperación que se puso en marcha en cuanto la nieve dio una tregua, es minucioso, rápido pero seguro. Limpiar los accesos, retirar todo aquello que haya caído (árboles, farolas, cornisas…), observar el terreno, evaluar el entorno y reparar lo más rápido posible. Limpiar, evaluar, reparar. Es la versión ambiental de una producción en serie al estilo

de Tiempos Modernos que conseguirá devolver el esplendor al parque.

De los 50 centímetros de nieve caídos hasta la llegada de la primavera han pasado más de dos meses. Meses de limpieza, evaluación, conservación. Y aunque algunas zonas del parque abrieron poco después sus puertas, el Retiro no había podido abrir por completo hasta este 1 de abril.

Ahora vuelven las exposiciones al Palacio de Cristal, las barcas del estanque, las enormes piezas de ajedrez sobre el tablero gigante del Paseo de Cuba.

La vida en el parque parecerá desde hoy tan normal como antes de que Madrid se cubriera de nieve. Pero entre el trasiego de deportistas, vecinos y turistas, varias patrullas ambientales continuarán trabajando sobre el terreno durante meses, incluso años. El objetivo está claro: que el parque vuelva a ser lo que siempre ha sido, una maravilla verde en el centro de la ciudad».

La verdad es que entre la pandemia del coronavirus y el paso de Filomena, el parque ha estado cerrado mucho tiempo, demasiado, pero no ha quedado más remedio; esperemos que tarde mucho en volver a cerrarse.

Leyendo la noticia de ABC me ha sorprendido leer que en El Retiro hay una zona conocida como Campo Grande y me ha faltado tiempo para investigar a qué se refiere, esto es lo que he encontrado en la documentadísima página web unaventanadesdemadrid.com:

Localización actual: En el centro del parque, delimitado al norte por el Paseo de Venezuela, que lo separa del Estanque Grande; al este, por el Paseo de Fernán Núñez; al sur, por el Paseo de Uruguay; y al oeste, por el Paseo de la República de Cuba.

«Al contemplar el Campo Grande, un jardín de tipo paisajista, y ver el arbolado que lo cubre o el césped que lo recorre, nada hacer pensar que en otra época, en tiempos del Real Sitio del Buen Retiro, bajo el reinado de Felipe IV, el terreno era un erial utilizado como coto de caza menor con gran abundancia de liebres. Entonces contaba también con un canal navegable, llamado el Mallo, que, naciendo en el Estanque Grande, lo recorría por sus extremos norte, este y sur hasta llegar a la Ermita de San Antonio de los Portugueses, la mayor del Buen Retiro y que fue derribada para aprovechar el sitio y construir en él la Real Fábrica de Porcelana de la China. Ésta, a su vez, fue ocupada por los franceses durante la Guerra de la Independencia (1808-1814) y destruida al volarla los ingleses, erigiéndose posteriormente, en su lugar, la Fuente del Ángel Caído. Sería durante el reinado de Isabel II cuando el Campo Grande sería poblado de árboles que se dispondrían geométricamente mediante unos paseos que lo atravesarían de manera diagonal y que, en los lugares de cruce, formarían plazas circulares.

En el año 1870, se llevan a cabo diversas modificaciones en el conjunto de El Retiro con el fin de situar en su interior algunos jardines de tipo inglés, de los cuales

carecía hasta entonces, y aumentar su arbolado, llegando el turno para el Campo Grande en 1878, cuando sus geométricas líneas son modificadas para, gracias a los desniveles existentes, abrir paseos curvos, situar praderas y crear una ría de formas irregulares, adoptando así el carácter paisajista que ha mantenido hasta el momento actual.

A finales del siglo XIX, con ocasión de la Exposición Nacional de Minería celebrada en 1883 y, posteriormente, con la de Filipinas de 1887, el terreno sería nuevamente modificado con la construcción de los palacios de Velázquez y de Cristal, además del estanque de este último».

De lo que se entera uno gracias a Filomena.

CASTAÑAZO

No todo lo que ocurre en el Retiro tiene que ser agradable por fuerza, a veces se viven situaciones inesperadas que pueden amargarte la existencia durante unos días hasta que consigues olvidarlas y seguir con tu vida como si no hubiera pasado nada.

Supongamos que has estado largo tiempo encerrado en tu casa por culpa de una pandemia y que durante el mismo tiempo hubiera estado vedado el libre acceso al parque por la misma razón.

El día que por fin se reabre el parque al público decides ser de los primeros en visitarlo porque estás deseando el reencuentro, no solo con la naturaleza sino con la gente en general, aunque tengas que caminar con mascarilla y respetando la distancia mínima de seguridad; después de desayunar te calzas las zapatillas y sales con el corazón dando saltos en tu pecho, acompañado de tu mujer en dirección al Retiro, dispuesto a recordar aquellos olvidados días en los que pensar en pandemias no podía entrar en los cálculos de nadie.

Una multitud de personas ha pensado lo mismo que vosotros y cuando por fin accedéis al recinto comprobáis que resulta difícil caminar sin tropezar con alguien, no pasa nada, solo hay que ir atentos y dejarse llevar.

A la altura del monumento a Ruperto Chapí veis que el camino lateral al paseo de coches, por el que habéis decidido echar una carrerita, está cortado por unas cintas, decidís salir al paseo y volver al lateral un poco más adelante, cuando termine la zona acotada.

El paseo central es un hormiguero de gente que viene y va sin otro objetivo que caminar y disfrutar, entonces alguien que pasa a vuestro lado grita «¡tenéis que ir por el lado derecho!», miras a ver a quién se lo han dicho y resulta que es a vosotros, levantas una mano como diciendo «vete a paseo» y entonces el gritón vuelve a la carga «¡subnormal!», te paras y giras para pedirle cuentas y, cuando todavía no has terminado de darte la vuelta, un tipo enfurecido te suelta un puñetazo en la cara; no te da tiempo a defenderte, solo ves un puño que viene directo y te impacta en la mandíbula.

Aturdido por el golpe y la sorpresa te pones en guardia intentando explicarte lo que te acaba de pasar, ves que el tipo se ha puesto delante de ti fintando y dando saltitos pugilísticos; el instinto de conservación te hace ponerte en guardia para no parecer un saco de boxeo, pero enseguida ves que tu mujer se ha enfrentado valientemente al atacante evitando que te suelte un nuevo mamporro y que un grupo de personas también se interpone entre los contendientes.

Cuando quieres darte cuenta y empiezas a recuperar la consciencia, pensando en cómo devolverle al menos una castaña, el tipo ha desaparecido como por ensalmo del improvisado ring, a ti te duelen el orgullo y la mandíbula a partes iguales y escuchas a la gente decir que el agresor ya venía insultando a otros paseantes, que iba muy nervioso, como loco, que no me preocupase, etc.

Menos mal que era agresivo pero también más bajo que tú y poco ducho en dar puñetazos ni siquiera a traición; en cuanto se calman los ánimos, sigues corriendo por el parque con tu mujer, agradeciéndole su defensa y quitándole hierro al asunto, al fin y al cabo no te ha pasado nada grave, en unos días se te pasará el efecto del golpe, y empiezas a darle vueltas en tu cabeza al incidente sin entender qué es lo que ha podido pasar, si tú eres de lo más pacífico que te puedas echar a la cara.

No consigues recordar su aspecto, tan solo que llevaba una camiseta blanca de manga corta, auriculares y que iba sin mascarilla, si tuvieras que buscarlo o presentar una denuncia no podrías identificarlo; el resto del recorrido miras fijamente a todos los que te encuentras por si pudieras reconocerlo, anhelando mandarlo a la lona de un buen cate, pero no puedes dejarte llevar por la furia visigótica que te invade o acabarás pagándolo con cualquier inocente que tenga la mala suerte de pasar a tu lado y lo confundas con el energúmeno.

Los días siguientes sigues la misma táctica, vuelves al lugar de los hechos a la misma hora para ver si suena la flauta aunque sea por casualidad, pero ni por esas;

poco a poco te vas olvidando del suceso aunque durante varias noches se repite la agresión en sueños, ni una sola vez he podido defenderme porque en todas se repetía la misma escena, al final no sabrás si te ha ocurrido de verdad o lo has soñado, pero te has llevado un porrón de puñetazos sin comerlo ni beberlo.

En el futuro formará parte de los malos recuerdos que puedas tener del parque, pero para no olvidarte del todo y estar prevenido en el futuro ante nuevos ataques, lo dejaste escrito en Pandemónium.

«Ayer tuve que ir al dentista por la muela partida y al final me la podrán salvar tras casi dos horas de intervención y quinientos euros, aunque por poco no tengo que ir por algo peor porque por la mañana un loco estresado me arreó un puñetazo mientras corríamos por el Retiro, el agresor nos increpó que teníamos que correr por el lado derecho, yo le hice un gesto de los míos mandándolo a segar, entonces me llamó subnormal, me revolví (puede que al verme ir hacia él a cara descubierta se asustase) para recriminárselo y, antes de darme cuenta, me soltó un directo en la mandíbula; lo que no ha podido hacer el coronavirus casi lo consigue un energúmeno; afortunadamente no ha sido para tanto, me duele más el orgullo herido que la cara (que de momento me sigue molestando un poco), por mi bien tal vez deba pasear con una mascarilla tipo capucha o verdugo el resto de mi vida para que nadie me pueda leer el pensamiento sin necesidad de abrir la boca».

UN JARAMA ENCUBIERTO

Nota: Articulo de protesta que envié a El Mundo y que publicaron el 9 de marzo de 2006 en la sección de blogs, indignado por lo que me pareció un abuso.

«Estar bien situado no tiene por qué ser sinónimo de bienestar, no me refiero a estar bien situado en la vida, que eso sería harina de otro costal, sino a estar estratégicamente bien situado. Es lo que debe de estar pasando con los Jardines del Buen Retiro, su consideración como pulmón verde en pleno centro de Madrid posibilitó que hace años se convirtiese en una isla de calma en medio del intenso tráfico rodado que lo acosa, pero puede que eso haya empezado a cambiar.

La creciente presión de todo tipo a la que, por parte de las autoridades municipales, se ve sometida la circulación motorizada por la almendra central es tal que, a juzgar por la simple observación visual, ha encontrado alivio y vía de escape en el Retiro, como siempre por el

lado más débil. Tengo la fortuna de frecuentar a diario el parque y, desde hace meses, vengo constatando un aumento considerable de la circulación rodada interna. Si sólo fueran los vehículos de los distintos servicios públicos (jardinería, policía, seguridad, etc.) no diría nada, pero aquello se está convirtiendo en un Jarama encubierto.

¿A qué se debe tanto trasiego sobre cuatro ruedas por un parque de estas características? ¿Qué poderosas razones tendrá el ilustrísimo de turno para autorizarlo? ¿Quién se beneficia de estos permisos? ¿En base a qué criterios de utilidad pública se otorgan? Además, puedo ver tantos coches aparcados, sin conductor ni pasajeros a la vista, que da la sensación de que se esté utilizando el parque para saltarse a la torera la prohibición de los parquímetros.

Si al menos la flota de vehículos que en ocasiones atesta el parque se atuviera, no voy a apelar a las más elementales y futuras normas de circulación por puntos, tan siquiera a las más elementales de prudencia al volante, otro gallo griposo nos cantaría. Para intentar evitar ser injusto generalizando, quisiera excluir a los numerosos vehículos policiales y de seguridad privada, los pobres circulan tan lentos y tan lejos de la realidad que ni siquiera logran espantar a los camellos que pululan a sus anchas por el parque, aunque se trate de otro tipo de tráfico.

En cambio, desde aquí me gustaría preguntarle a quién ostente el título de Concejal Presidente del Distri-

to de Retiro a qué se debe esta proliferación de vehículos en caótica circulación por el interior del parque y, ya puestos, qué medidas de control piensa poner en marcha para que, de no ser posible frenar su injustificada e indeseada presencia, al menos intenten evitar ese atropello que tarde o temprano se va a producir».

Han pasado quince años desde que envié la carta al periódico, lo hice porque estaba cabreado por lo que acababa de ver; recuerdo que esa mañana la zona del parque cercana a los jardines de Cecilio Rodríguez estaba atestada de coches oficiales aparcados, había decenas de coches negros coronados con dos o tres antenas, con cristales ahumados para no identificar a los ocupantes, en perfecta formación ocupaban todos los espacios disponibles sobre el asfalto, casi llegaban hasta la Rosaleda desde el paseo de Uruguay.

Los chóferes y guardaespaldas respectivos esperaban junto a los coches, vestidos con traje, gafas de sol, fumando y charlando en grupos, a la espera de que sus jefes salieran de lo que estuvieran haciendo en el edificio de los jardines para llevarlos a la siguiente actividad, taxi y parquin gratuitos a costa del ciudadano; por entonces se celebraban bodas y banquetes en ese lugar, pero esta vez se trataba de una reunión de políticos, solo así se entiende la cantidad de vehículos concentrados en el parque.

Ya por entonces era obligatorio pagar por aparcar en la vía pública y había limitación de horarios, pero ellos se saltaban la normativa municipal utilizando el Retiro

como aparcamiento oficial, sin miedo a los guardias ni a las multas y sin importarles un pimiento el entorno ni el medio ambiente que tanto dicen defender.

Afortunadamente no recuerdo haber visto nada parecido desde hace mucho tiempo, puede ser que la publicación en prensa de cartas de ciudadanos molestos con la política municipal llegue a oídos de las más altas instancias y acaban haciendo efecto; sin embargo, el peligro viene ahora por los numerosos camiones de reparto de mercancías de los quioscos, que circulan sin respetar escrupulosamente las limitaciones de velocidad y el día menos pensado ocurrirá una desgracia.

AGUAS BORRASCOSAS

En el parque ocurren cosas que no son dignas de admiración, malas costumbres que se van imponiendo poco a poco sin que podamos evitarlo; la noticia que he leído en el diario «El Mundo» da bastante asco pero es una realidad y no por ocultarla va a desaparecer; siento incluir un capítulo escatológico en el libro pero hay que ser valiente, reconocer lo que pasa a nuestro alrededor, mirar de frente a los problemas y tratar de resolverlos.

El artículo no se anda por las ramas precisamente y empieza fuerte «Alerta por heces en El Retiro: No hay suficientes baños públicos; los que hay, están cerrados», que haya pocos baños es una afirmación fácil de comprobar, personalmente conozco los siguientes, bien sea por referencia visual o por haberlos utilizado: los que hay junto a la fuente de la Alcachofa haciendo esquina entre los paseos de Venezuela y Cuba, los que están enfrente de la entrada al antiguo zoológico en la esquina de los paseos de Venezuela y Fernán Núñez, los que hay cerca del templete de música, junto a la fuente

de los Galápagos esquina con el paseo de Colombia, los que hay en la entrada por la puerta de España en el paseo de la Argentina a medio camino entre este paseo y el parterre pasando por la escultura de la Mujer sedente y los situados junto a la plaza del Ángel Caído.

Cinco son absolutamente insuficientes para atender a tantas personas, además están mal dotados y no siempre los encuentras abiertos o en funcionamiento (al menos deberían estar disponibles durante el horario de apertura pública del parque), aunque sean gratuitos no está de más dejar algo en el platillo para ayudar a las personas que se encargan de su limpieza; arquitectónicamente hablando son antiguos y desfasados pero mantienen su elegante aspecto original, artísticas barandillas de hierro fundido, cartelería de la época, suelos y paredes de cerámica y parte del mobiliario, sin duda deberían protegerse mejor al formar parte de un parque histórico; el Ayuntamiento debiera plantearse instalar algunos más para dar servicio público a los miles de visitantes diarios que frecuentan el Retiro, algunos de los cuales tienen necesidades fisiológicas que requieren de instalaciones apropiadas. Hace tiempo pusieron cabinas prefabricadas en las inmediaciones del Bosque del Recuerdo, junto al paseo del marqués de Pontejos, cercano a las instalaciones deportivas de la Chopera, pero las quitaron por falta de limpieza, entrar en cualquiera de ellas era arriesgarse a morir por asfixia o contraer alguna enfermedad infectocontagiosa si no eras capaz de levitar para evitar tocar la superficie.

El problema no afecta solamente al parque, lo comparte todo Madrid; en general, la ciudad está mal dotada de baños públicos y la solución no puede ser que pongan modernos mamotretos en mitad de las aceras a euro el servicio para engordar los bolsillos de las empresas concesionarias; ir al baño es una necesidad orgánica que el consistorio debería resolver de inmediato, pero volvamos al artículo porque no tiene desperdicio:

«Las zonas de arbustos del Retiro, aquellos caminos menos transitados, los esquinazos vegetales que nadie vigila, ofrecen una sensación de intimidad que algunas personas aprovechan para dejar sus marrones. No se trata de la expiación de las ansiedades y el estrés del trabajo mediante la meditación al aire libre o la absolución, arrodillados en un picnic, de los problemas atosigantes de la existencia. No».

«A las 118 hectáreas del parque podría superponerse un mapa de calor de urgencias intestinales. Quienes recorren las equis marcadas sobre el terreno son los dueños de los perros, que siguen a sus mascotas hasta los excrementos humanos. Para los perros son irresistibles, señala una paseadora, fundadora de *The Walking Dog*. Es una delicatessen. Aunque les laves mucho la boca, huelen durante días y les produce vómitos y diarreas en muchos casos. Lo que más problemas provoca es que los animales coman heces con restos de estupefacientes. En ese caso, las mascotas nos llegan con signos de intoxicación. No es que sea tóxico directamente. Depende

bastante de lo que haya consumido la persona, explica una veterinaria del Hospital Veterinario Velázquez».

Pensaba que el mercadillo de las drogas pertenecía en exclusividad a las mafias correspondientes, pero compruebo que hay otras formas de trapicheo que escapaban a mi crítica observación del entorno.

«La paseadora, de nombre Eva, se atreve a señalar a los culpables, sin contar con quienes atraviesan el parque en busca de otro *after*. Desde que se puso de moda lo de correr, hace unos ocho años, es exagerado la de cacas que hay en el Retiro. Muchos dueños de perros han dejado de ir por este problema».

¡Lo que hay que ver! Resulta que los dueños de perros siempre han sido acusados de no recoger las cacas de sus chuchos, pero ahora han encontrado la forma de echarle la culpa a otros, en concreto a los corredores y me gustaría saber por qué. Con la de veces que he tenido que limpiar a fondo la suela de los zapatos al llegar a casa y comprobar que venían perdidos de mierda tras pasear por el parque.

En este punto es dónde me siento atacado, llevo más de veinte años corriendo por el parque y nunca se me ha ocurrido plantar un pino salvo en los baños habilitados al efecto, normalmente llevo algo de dinero suelto para dejarlo como propina, pero incluso sin llevar dinero nunca he tenido problema para utilizarlos, una urgencia es algo que le puede pasar a cualquiera; no obstante, no negaré que algunos corredores puedan hacer-

lo, exactamente igual que cualquier otro visitante del parque, este tipo de comportamientos no es exclusivo de ningún grupo, la fauna humana es diversa pero todos compartimos ciertas necesidades evacuatorias.

«Un estudio realizado en el Hospital de San Bartolomé de Londres concluyó que los síntomas gastrointestinales durante la práctica del ejercicio que sufren entre el 30 y el 65% de los corredores, se debían a la disminución del flujo sanguíneo en las vísceras durante la carrera.

Según otro estudio, "Restricciones de dieta en corredores de fondo para mitigar los síntomas gastrointestinales inducidos por el ejercicio", una de las causas más comunes del malestar gástrico es la necesidad de defecar. La sufre el 22% de los atletas. Es más psicológico que físico, apuntan desde el Runners Club Retiro. Hace mucho tiempo que no recuerdan una urgencia parecida. Durante las carreras es normal que se formen colas en las cabinas que coloca la organización. A lo mejor alguien no quiere esperar y busca un lugar en el que hacerlo».

¿Y qué dice el ayuntamiento al respecto? «Desde la concejalía de Medio Ambiente comentan que no les consta. Sin embargo, María, que lleva 13 años trabajando como limpiadora en el Retiro, sabe bien de lo que habla. La zona que transcurre por O'Donnell suele estar llena de cacas humanas. Es una de las más transitadas por los corredores. Deberían abrir antes los baños. Desde las seis de la tarde hasta las 10 de la mañana del día

siguiente están cerrados. A primera hora transitan los que vienen de fiesta, los que van a trabajar y los corredores, observa. Nosotros y los jardineros nos encargamos de levantar un poco los setos para evitar que se sientan seguros, disuadirlos de hacer caca. Un día sorprendí a una mujer agachada, le pregunté qué hacía y como si no fuese con ella. No dijo nada. Están acostumbrados.

Justo está haciendo labores de mantenimiento en la Casita del Pescador. Acumula 15 años trabajando aquí. ¿Por qué te crees que esto, pregunta mientras enrolla una manguera, está vallado? Lo utilizaban de baño. Se refiere a las ruinas de la ermita de San Pelayo y San Isidro. En todo este tiempo no he sorprendido a nadie, pero es asqueroso encontrarse las cacas. Ésta era una zona habitual.

Otro operario prefiere no decir su nombre. Lo normal es que la gente que viene a las 6 de la mañana y se encuentra los baños públicos cerrados, lo haga. ¿Qué vas a hacer, hacértelo encima? Lo normal es que si tienen una necesidad pues lo hagan donde puedan.

A las ocho y media suelo encontrarme con grupos de turistas que preguntan por los aseos. Les mando a un arbolito, añade un vecino de la calle Menéndez Pelayo. De los baños públicos, tres son subterráneos. No cumplen la normativa de accesibilidad. Llevan 10 años sin electricidad. El pobre hombre que está allí vigilando de diez a seis de la tarde muchas veces tiene que poner la linterna del móvil a los que bajan al váter».

Añade alguien del Runners Club Retiro «Muy mal se te tiene que dar para no llegar a un servicio. Se trata de un problema de educación. Hay corredores educados y maleducados. No parece haber una carga psiquiátrica detrás de estos comportamientos. Rizando el rizo podría ser gente con algún rasgo antisocial, que no tenga consideración por las reglas y las consecuencias de no cumplirlas. No hay un trastorno psiquiátrico, explica un psiquiatra. Algunas personas sienten excitación sexual por las heces. Suele darse en entornos recluidos, descarta la coprofilia. ¿Entonces? Es un comportamiento incívico. Parecido al que no recoge la caca de los perros. Si hay alcohol o droga también se pierde la relación causa efecto».

Pero no solo de cagar en cuclillas al aire libre, limpiándose el trasero al terminar con una piedra o con hojas (o sin limpiarse), disfruta el hombre (sobre todo los de la subespecie guarro) «Los jardineros tienen otra zona delimitada. Hasta allí no llegan los fluidos de los corredores. Cerca de Atocha, los jardines ocultan a las parejas espontáneas que practican *cruising*. Es más complicado trabajar porque amanece llena de condones, papel higiénico y restos de cacas", comenta una jardinera. Es muy desagradable hacer así con la escoba en una palmera y topar con esos restos».

He tenido que acudir a internet para saber qué significa el *cruising* porque me pillado fuera de juego, he encontrado esta definición «sex cruising es un término inglés que define a la actividad sexual en lugares públi-

cos, como parques, playas o descampados. Siempre con desconocidos». Luego he seguido investigando y los lugares donde hacerlo se multiplican: ascensores, saunas, piscinas y… baños, sí, has leído bien, en los del parque del Retiro resulta complicado hacer tus necesidades con el debido decoro y urbanidad pero si lo que quieres es tener sexo con desconocidos… no hay problema.

Vivir para ver.

PAISAJE DE LA LUZ

Nota: Noticia publicada en la página web de la Cadena Ser; respeto el texto original pero, en cursiva, he metido la pluma tanto como me ha parecido porque algunos periodistas no se documentan del todo bien.

Madrid aspira a que el Paseo del Prado y el Parque del Retiro entren dentro la lista de Unesco como Patrimonio Mundial. Este último, el Retiro, es un parque repleto de historia, tanto en la superficie como en el subsuelo. Prueba de ello es la denominada «bañera de la elefanta» que se acaba de desenterrar o el «Telégrafo óptico», en un estado semiabandonado.

Rugidos, canturreo de pájaros o el barrito de los elefantes. Aunque parezca mentira ese es el sonido que se podía oír hace algo más de cien años *(¿cien años?, en los años sesenta todavía podían oírse todos esos sonidos*) en el Parque del Retiro, en su «parque de ferias» (*quiero suponer que quiso escribir Casa de Fieras, pe-*

ro en algún paso intermedio entre el teclado del redactor y la imprenta se produjo el gazapo). Entre los animales estaba Perico, una elefanta que vivía allí (*me parece que el periodista está mezclando datos, realmente se trataba de un ejemplar macho pero la perspectiva de género no conoce fronteras, como voy a confirmar a continuación extractando un texto leído en el blog historias de Hispania.*

«Los dos inquilinos más famosos de la Casa de Fieras fueron elefantes. El primero, Pizarro, vivió allí más o menos a mitad del siglo XIX y se hizo famoso porque un día se escapó. Una vez que salió del parque (hemos de recordar que entonces no tenía verja), tiró para Madrid, llegó a una tahona, se metió dentro, le provocó al dueño una serie inconclusa de lipotimias y fibrilaciones auriculares, y luego se puso ciego de pan. Para cuando sus cuidadores lo localizaron, tenía el estómago tan hinchado de comer que se dejó atrapar mansamente. Parece ser que el esqueleto de Pizarro está en el Museo de Ciencias Naturales, en la Castellana.

El segundo elefante se llamaba Perico y vivió en Madrid en los años cincuenta, sesenta y quizá setenta (hablo por recuerdos y no puedo precisar la fecha). La Casa de Fieras del Retiro, y esta es una anotación para los más jóvenes, no tenía nada que ver con los zoológicos modernos. Allí el elefante estaba a un tiro de trompa del público, y le podía alimentar todo cristo; los niños hacíamos acopio de pan duro los días anteriores a la visita a la Casa de Fieras. Perico había aprendido

de su cuidador diversas habilidades y el pueblo de Madrid, en verano, iba allí a disfrutar con ellas. La más difícil de ellas era coger monedas con la trompa. El redactor de estos recuerdos se atrevió un día, con seis o siete años, a tirarle un duro, que Perico se las arregló para coger con la trompa y depositar en la palma de mi entonces pequeña mano, acompañado de dos o tres kilos de babas. Perico murió muy joven. Los periódicos le dedicaron necrológicas. Las merecía».

Una elefanta que tenía su propio baño con una gran rampa para que descendiera sin dañarse. Posteriormente ese baño fue utilizado, previo pago, para que se pudieran bañar los perros. Con el tiempo, y después de que los animales fuesen desplazados a su actual emplazamiento en el zoológico de la Casa de Campo, el baño fue enterrado y cubierto por más de un metro de tierra. Ahora, varias décadas después, ha sido desenterrado, pero al parecer no lo estará durante mucho tiempo. La dirección del Parque asegura que tras haberlo desenterrado, fotografiado y datado el baño volverá a cubrirse con tierra.

Desde la asociación Madrid Ciudadanía y Patrimonio plantean la posibilidad de dejarlo permanentemente descubierto. No lo consideran oportuno en la Asociación Amigos de los Jardines del Buen Retiro, (*anda, ahora me entero de que existe una asociación de amigos del Retiro y yo con estos pelos, ya estoy tardando en enterarme de su reglamento y, si fuera conveniente,*

podría asociarme para aprender más cosas sobre la historia del parque).

No es el único vestigio de ese pasado más reciente que esconde el Parque del Retiro. A solo unos pocos metros del «Baño de la Elefanta» (*lo hubiera podido solucionar salomónicamente de un plumazo escribiendo la bañera del paquidermo y no tendríamos que investigar por nuestra cuenta el sexo del proboscidio; sin tener en cuenta que primero hablaba de bañera y ahora del baño que son dos cosas distintas, la bañera sirve para bañarse y el baño para lo demás)* se encuentra el Telégrafo Óptico. Tras años de promesas y proyectos sigue, nos cuentan los expertos (*también en esto el mundo es de los expertos, durante la pandemia, con Filomena y ahora con el volcán que asola La Palma*), en estado de ruina. «Es una joya de la ciencia española y un edificio de mediados del XIX único en España que depende de la AEMET», apuntan desde la Asociación Amigos de los Jardines del Buen Retiro.

Este telégrafo, este castillete, se encuentra en un terreno que fue cedido hace más de cien años. Tanto el baño como el telégrafo son dos asignaturas pendientes del Retiro, mucho trabajo pendiente para hacer antes de que la UNESCO llegue en poco más de un año, allá por el año 2020.

La noticia de fondo es del 23 de noviembre de 2018, hoy estamos ya en 2021, pero ha sido leerla y enterarme de que acaban de darse a conocer los planes de rehabilitación del entorno del castillete; no hace ni ha-

ce una semana estuvimos paseando por el lugar y descubrimos un pequeño bosque de encinas que sin duda lo embellece, un espacio casi zen escondido detrás de una de las edificaciones, en el que sentarse a leer un libro tranquilamente o simplemente a verlas crecer puede aportar un paréntesis de calma a nuestras ajetreadas vidas, apenas a un kilómetro de casa. El parque no para de darnos buenas noticias.

En timeout.es he podido informarme de lo poco que se sabe del proyecto:

Seguro que quienes conocen bien el parque del Retiro se han fijado alguna vez. En uno de los rincones del parque, concretamente en el número 2 del Paseo de Uruguay, se ubica un coqueto edificio en el que el tiempo parece haberse detenido.

Se trata del conocido como castillete meteorológico, construido entre 1848 y 1850 para albergar el primer telégrafo óptico del Observatorio Astronómico y el primer edificio del Instituto Meteorológico, y que desde hace tiempo está abandonado. Desde el pasado mes de julio, y tras una primera rehabilitación del entorno, el lugar podía ser visitado.

Dentro de no mucho, el abandono del edificio también será historia. El Ministerio de Transición Ecológica, titular del edificio al estar adscrito a la Agencia Estatal de Meteorología (Aemet), ha aprobado una partida de 3,7 millones de euros para reformar íntegramente el

edificio. El objetivo es que el castillete se convierta en la sede del nuevo Museo Meteorológico.

El plazo de ejecución de los trabajos es de 18 meses. El adjudicatario de la obra deberá transformar este espacio en un museo teniendo en cuenta, precisamente, la imagen original del castillete. En ese sentido, se recuperará la almenara superior e inferior y habrá un nuevo y atractivo espacio: un mirador transparente.

Deseando estoy que lo inauguren para visitarlo, vigilaré el avance del proyecto porque paso habitualmente por delante del castillete; hasta ahora se encontraba vallado, pero han retirado las vallas y puedes acercarte hasta la misma puerta.

Bueno, esperemos que la Unesco se porte y conceda a esta zona importante en la historia de Madrid, sobre todo al Parque del Retiro, la consideración de Patrimonio Mundial.

SOBRE EL AUTOR

A diferencia de algunos seres humanos que parecen viejos incluso antes de nacer, el autor llegó a este mundo adoptando la apariencia de un recién nacido en un precioso pueblo sevillano en el que normalmente hace mucho calor por lo que todo el mundo lo conoce como «la sartén de Andalucía», a orillas del río Genil; por motivos familiares vivió allí pocos años, los suficientes para deshidratarse un par de veces, que hubieran podido ser algunas más si no fuera porque sus padres, y con ellos su numerosa prole, se trasladaron a vivir a una lejana y bonita ciudad a orillas del río Turia que es la tierra de las flores, de la luz y del amor.

A lo largo de su vida ha tenido que renacer varias veces por razones que no vienen ahora al caso porque alargarían en demasía este resumen existencial; una de las primeras fue cuando su padre se subió a la barca de Caronte para cruzar el Aqueronte; tras el sepelio del cabeza de familia, se trasladaron a una ciudad, más grande si cabe todavía, a orillas del río Manzanares, que es la cuna del requiebro y del chotis y en la que en México, no te sabría decir por qué, «se piensa mucho en ti», empezando lo que sería un correcalles de diez años por distintos orfanatos e instituciones, incluyendo dos en un pueblo gallego a orillas del río Sar, ¡Oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella!, gastronómicamente

conocido porque algunos de sus pimientos pican y otros no, hasta desembocar, por razones solo achacables a su juventud, divino tesoro, y falta de criterio, en la universidad; como era de esperar, dados sus antecedentes, el idilio complutense no cuajó y la abandonó apenas acabado el primer cuatrimestre; no encontrando en ella las plácidas y cristalinas aguas en las que soñaba navegar, su relación no llegó a buen puerto.

Una amistad adolescente con personas de pensamiento diferente al suyo le influyó para truncar su incipiente vocación militar en contra del ferviente deseo familiar y se matriculó, para sorpresa de propios y extraños, en la facultad de Filosofía y Letras, hasta que se percató de que ni la una ni las otras eran de su incumbencia; frustrado por su falta de acierto, intentó con todas sus fuerzas formar parte de la milicia en una inmortal ciudad aragonesa a orillas del río Ebro, caudalosa corriente de agua que misteriosamente guarda silencio al pasar por el Pilar porque la Virgen está dormida y no la quiere despertar, pero tampoco esta vez hubo entendimiento y se vio forzado a buscarse las lentejas en otra cuenca fluvial; tras abandonar la rígida nave militar, probó a sentar la cabeza programando complicados ordenadores en el departamento de informática de un banco, justo en la orilla opuesta de sus sueños juveniles.

Los bancos resultan incómodos para sentar la cabeza pero, al tenerla tan dura, aguantó allí tres quinquenios seguidos intentando convertirse en un bancario de pro-

vecho, algo que tampoco consiguió porque, a medio camino, a su naturaleza de carácter inquieto le apeteció alejarse del despiadado mundo de las finanzas para plantar la esquiva semilla de la fortuna en otros campos productivos que se perfilaron en el horizonte como posible solución a sus problemas.

Tras un vertiginoso paso por la consultoría de organización, un inesperado golpe de timón propició que su nave desembocase en el complejo mundo de las telecomunicaciones, pasando los siguientes años encerrado en despachos que casi siempre estaban comunicando; aquél nuevo mundo tampoco parecía ser el suyo, aparentemente todo iba como la seda pero nuestro autor se fue haciendo mayor sin darse cuenta de su precoz envejecimiento hasta que, a la provecta edad de 52 años, sus despiadados cómitres decidieron que la empresa no era lugar para viejos; le pidieron que colgase la corbata, cosa que hizo con gusto, devolviera todo lo que no fuera suyo, lo cual hizo sin apenarse por la pérdida gracias a su escaso apego por lo material, y se retirase a descansar del mundanal ruido a orillas de algún río menos caudaloso; ¿dónde vas a navegar mejor que en tu casa, eligiendo tu propio rumbo sin tener que darle cuentas a nadie? le sugirieron, los muy cabrones, un viernes a última hora de la mañana antes de ponerlo de patitas en la calle sin contemplaciones.

De esta forma tan poco honorable acabó en naufragio la larga singladura de su vida laboral, zambulléndose de golpe y porrazo en la orilla de las oscuras y proce-

losas aguas de una siniestra oficina del paro, merced a un masivo expediente de regulación de empleo; desde entonces pasa sus temporadas de asueto, que son las más del año, disfrutando del sol, de la playa y de los buenos alimentos en una antigua y luminosa ciudad mediterránea, cercana a los ríos Alberca y Girona, bajo la imponente sombra protectora del Montgó, o viajando por el mundo para visitar a sus hijos y nietos que viven sus propias vidas en los márgenes de lejanos ríos, como puedan ser el Trinity, el Hikichi o el Aniene; el resto del tiempo discurre plácidamente en su domicilio fiscal a orillas del Manzanares, sin terminar de saber lo que es canela fina ni armar la tremolina, procurando navegar desapercibido, en silencio, sin molestar ni que lo molesten.

Mientras aguarda, sin tener prisa alguna, la hora suprema de afrontar su inevitable desembarco final en la mar, salpimienta su existencia entregado a aficiones de todo tipo, entre las que escribir, correr y viajar sin duda ocupan lugares preferentes, sin desmerecer a otras muchas actividades complementarias con las que enreda, se entretiene y mata el tiempo. Como nuevo miembro de la temida tercera edad, el tiempo no perdona y pasa para todos, también acude al consultorio médico cuando se precisa y los achaques lo requieren, aunque de momento y por fortuna no lo está necesitando en demasía ni es algo que eche de menos, tampoco podría ir a consulta de precisarlo porque la sanidad pública no está para nada ni nadie desde que se declaró la pandemia.

Como escribió magistralmente el poeta y hombre de armas castellano Jorge Manrique: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir: allí van los señoríos, derechos a se acabar y consumir; allí los ríos caudales, allí los otros medianos y más chicos; y llegados, son iguales los que viven por sus manos y los ricos».

Este libro se terminó de editar
el veintiuno de enero de 2023

Las personas reales están repletas
de seres imaginarios

(Graham Greene)